# CUBERA

*Revista Cultural de la Asociación Amigos del Paisaje de Villaviciosa*

*Pueblo Ejemplar de Asturias en 1991*


## Índice


**Cien años con la aldea, perdida** . . . . . 2
La razón de Palacio Valdés . . . . . 3
Geneaología de una novela . . . . . 5
Et in Arcadia ego . . . . . 7
La Arcadia ha concluido . . . . . 13
Perdida en la red . . . . . 18
Las clases populares en *La aldea perdida* . . 20
El abuelo de Camanciu . . . . . 23
La aldea agredida . . . . . 28
La aldea del siglo XXI en el concejo maliayo . . . . . 31
La aldea recuperada . . . . . 36
**Historias y personajes:**
Los Casona: Su historia villaviciosina . . . . . 39
A los ex-alumnos del Colegio de San Francisco . . . . . 43
La Santa Compaña en Bedriñana . . . . . 45
Un vivo Contraste . . . . . 50
**Actividades de la Asociación:**
Asamblea ordinaria . . . . . 54
Distinciones CUBERA. Edición 2002 . . . . . 55
Entrega de premios CUBERA en Amandi . . 56
La ría: Aguas, marismas y aves . . . . . 59
CUBERA incrementa su fondo iconográfico . 61
Expedición aula didáctica . . . . . 62
El libro del siglo XX . . . . . 66
Ars Amandi / Amandi ars . . . . . 70
Las oleadas del *Prestige* en Villaviciosa . . . 72
López de Uralde, director de Greenpeace-España . . . . . 73
II Salón de Pintura de Navidad . . . . . 75
La protección de los recursos marinos en la UE . . . . . 76
Álbum familiar . . . . . 78
Nuevos socios . . . . . 80



**CUBERA Nº 36. Año XIX**

Portada:

Evaristo Valle, *Romería en Ceares. (Fragmento)*
Colección Masaveu.

Fotomecánica e impresión:
Gráficas Summa, S. A. Oviedo

Depósito legal n.º 0-146-84


editorial

# GEOGRAFÍA RELATIVISTA

Pasó el tiempo en que los mapas nos mostraban países que nunca íbamos a ver. Mapas de confines remotos sólo al alcance de aventureros. Un viaje era un riesgo que sólo se corría por necesidad, y el viajero se despedía consciente de que quizá no iba a regresar en tiempo. O nunca.

Ese tiempo, pasó. Ferrocarril y carreteras acercaron villas y ciudades, y las telecomunicaciones –desde el viejo telégrafo hasta internet, pasando por la radio– han encogido el mundo hasta el tamaño de un pañuelo. Quien está al teléfono está ahí al lado, aunque nos hable desde Argentina. Y la televisión nos mete el mundo en casa cada día: es la verdadera ventana indiscreta.

La distancia a los lugares ya no se mide en kilómetros, sino en horas o en minutos. El espacio, antes determinante de los límites en que se movía nuestra vida, se convirtió en trivial e irrelevante merced a las comunicaciones, que por otra parte multiplican nuestras posibilidades: podemos informarnos, concertar citas con amigos dispersos, cerrar negocios, intercambiar sentimientos, tantas cosas... sin levantarnos de la silla.

Tantas cosas, que de repente se desplazó el problema: nuestros límites no están en la distancia sino en administrar todo lo que nos gustaría hacer –y que realmente podríamos hacer si dispusiéramos de tiempo para todos los deseos–. Hoy, el factor limitante es el tiempo.

Hoy más que nunca el tiempo es oro. Años atrás, los estímulos eran escasos, las necesidades pocas y menos las oportunidades. La sociedad era austera. Pero hoy somos productivistas, sometidos a un bombardeo constante de información y, con frecuencia, de provocación de necesidades.

Pero el cambio de papeles entre el espacio y el tiempo también cambió los mapas y los usos. De repente Gijón ya no es la ciudad a la que se llega tras una penosa travesía de 25 km, sino que está a 10 minutos. Y eso, que es una gran ventaja para Villaviciosa, también la pone a tiro de Gijón. Y se van a notar más los cambios en la Villa que en Gijón. Se están notando ya en el crecimiento urbano, pues la **poca distancia** hace apetitosos los precios.

Pero también van a ser más accesibles la Ría, las playas y en general, los recursos naturales que la incomunicación nos legó. El valor de la virginidad incrementa el riesgo.

Hoy sabemos que la prosperidad no depende sólo del capital y el trabajo sino también de la correcta utilización los recursos naturales, y de cómo se distribuye entre las personas y en el tiempo la riqueza creada. De ahí que la necesidad de un plan estratégico para el desarrollo sostenible de Villaviciosa sea hoy mayor que nunca. O se abandona el desarrollo a su propia deriva –hasta que encalle–, o se define un rumbo que nos permita navegar por ese nuevo mar en que las millas náuticas fueron sustituidas por el tiempo voraz que, como la vida, es aquello que pasa mientras vamos pensando en otros planes.

# Cien años con la aldea, perdida

Mucho es lo que ha acontecido en Asturias desde aquellos mediados del siglo XIX en que la industrialización irrumpía inmisericorde en los escenarios cuasi vírgenes de una vida patriarcal, cuya nostalgia exhibe Armando Palacio Valdés. Una vida plácida en superficie, dramáticamente dura en profundidad, en las profundidades de quienes padecían la pobreza integral. Palacio Valdés añoraba los años de la infancia, como casi todo el mundo, idealizándola, al igual que antes nuestro Jove Hevia trataba de una infancia de niño privilegiado, que todo hay que decirlo.

Al mismo tiempo nos lega un rico testimonio de una época crucial para Asturias. En este sentido el valor documental de su novela es ampliamente aprovechable, no circunscrito a un lugar ni a unas fechas, pues tiene carácter de paradigma. Pone en juego visiones diversas, contradicciones que aún no hemos superado, tesis expuestas por los variados personajes de la acción novelesca con valor de debate en que contrastan pareceres bien opuestos, todos ellos identificables aún en cualquiera de nuestras discusiones y tertulias.

Palacio Valdés padeció por esta su obra, la más nombrada, el estigma de retrógrado. No lo creemos justo. Pues es innegable que hoy, a tantos años –y daños– vista, aquella obra literaria nos muestra valores a los que hemos tenido que hacernos sensibles por imperativo de las agresiones sufridas. Hemos llegado a saber –que no a experimentar aún– que puede, que debe, que es preciso conjugar el progreso con el cuidado por el medio. Y quien dice el medio natural, el escenario, dice también el medio cultural y humano: el guión y lo sentimientos de los personajes. Si la cultura es acumulativo sedimento de las aportaciones del colectivo humano, la mente iconoclasta –igual que el adanismo– es su negación.

Muy perdida ha andado nuestra aldea; perdida, no por invasión sino por evasión. Aldea desierta, o bien a la deriva. Aldea depreciada. Despreciada. Pero vemos que hoy, quienes abominaron de ella regresan al cobijo de mejores formas de vida. Y no sólo para el ocio y la jubilación. El ocio la ha convertido en una fuente de servicios y por tanto de riqueza; la jubilación, en plácido vivir de la aldea querida que cantara Sergio Domingo. Todo ello es mucho. Pero hay más: el gran desafío del siglo XXI será cómo lograr vivir en activo –trabajando– desde la aldea. Las técnicas de la comunicación permiten enlaces que no hacen preciso el situarse *dafechu* en el hacinamiento de la urbe.

Nuestra aldea vive un momento de recuperación. Si las aguas del Nalón ya no bajan negras, es preciso que nuestra Ría no sea un lodazal, que los aires de nuestras aldeas también sean envidiablemente respirables. Triste es constatar la poca sensibilidad con que se trata el medio aldeano, en el que no son excepción la incuria ni la falta de servicios básicos, o la ausencia de determinados equipamientos elementales, y aun las agresiones irresponsables contra esa gallina de los huevos de oro.

LA ALDEA PERDIDA es un alegato que nosotros podemos valorar hoy mejor que los lectores de 1903. De ahí la consideración que aquí prestamos hoy a esta obra. De paso, intentamos rendir homenaje al ilustre escritor, oriundo de Camanciu.

# La razón de Palacio Valdés

*"– ¡El infierno! –dijo Plutón riendo–.*
*Estás en el infierno, querida"*



Sí, yo también nací y viví, vivo en Laviana! Naturalmente la aldea "perdida" (la Arcadia o Paraíso) y también sentí y siento la mina (el Infierno en la novela de Armando Palacio Valdés).

Aparentemente esta dualidad puede resultar demasiado simplista o hasta incluso superficial el análisis que hace el escritor en su obra. En su libro nos pronostica la agresión que va a sufrir el paisaje de su querida aldea de infancia con la llegada de las minas, y no sólo en el aspecto exterior, sino también en lo más profundo, en sus costumbres centenarias (Martinán razona en su taberna cómo quedará *rota la estructura familiar*) y en sus hábitos cotidianos. Concluye la obra con esta frase de don César de las Matas de Arbín:

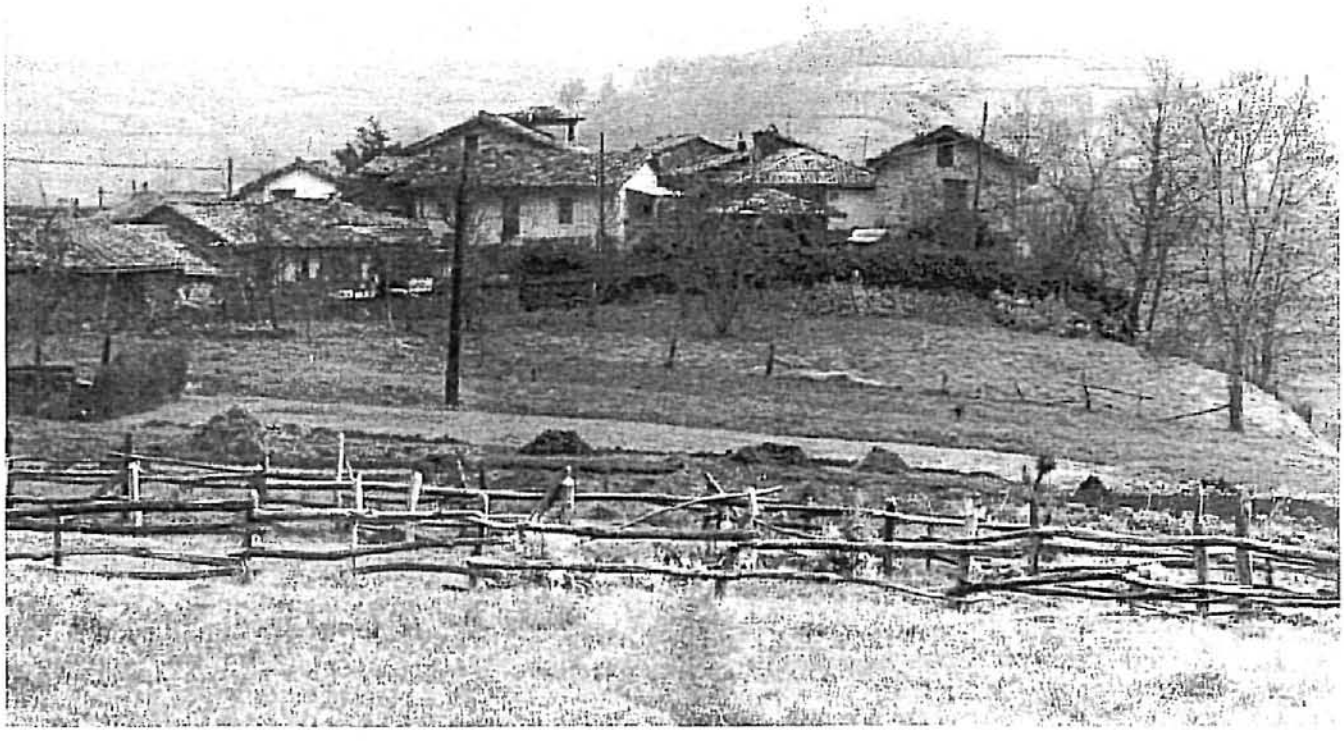
***"–Decís que ahora comienza la civilización... Pues bien, yo os digo..., ¡oidlo bien!..., ¡yo os digo que ahora comienza la barbarie!".*** Ya digo que, en una rápida lectura, pueden resultar estas palabras en cierto sentido un poco exageradas. A ello se le puede sumar que desde hace ya bastante tiempo nuestro escritor es considerado como un autor "anacrónico" cuando menos, o que sólo escribía para las damas aburridas de la clase *adinerada; también es visto* como un escritor conservador o reaccionario. Sin embargo, me parece que a Armando Palacio Valdés sencillamente se le ha colgado este sambenito, y la crítica literaria lo despacha en pocas palabras como un autor menor, muy injustamente. Además hay que decir que el paso de los años (un siglo nada menos) viene a darle la razón al autor de Laviana. Veamos por qué, o de otra forma, ¿Qué es lo que ha pasado en cien años en nuestro mundo para que podamos ver a Palacio Valdés con otra mirada?

*Armando Palacio Valdés.*

En Asturias concretamente el desmantelamiento de las aldeas y el éxodo rural, con todo lo que ello trae consigo y en un nivel más global creo que el progresivo deterioro del medio ambiente, que ha encendido la alarma en el mundo. Tal vez sea un poco apresurado decir que nuestro escritor es uno de los primeros "verdes", pero prefiero este color antes que el "rosa" con el que todavía actualmente se lo identifica.

En estos últimos años, en el último cuarto del siglo XX sobre todo, en nuestra comunidad autónoma se han hecho esfuerzos indecibles por recuperar y conservar nuestro paisaje: "ASTURIAS: PARAÍSO NATURAL". Lema de nuestra comunidad, pancarta de ecologistas, escrito en camisetas, pegatinas, panfletos, agencias turísticas... (¿Quién se lo iba a decir a Palacio Valdés?). ¿Quién me iba a decir a mí que aquel viejo libro, de rancia literatura, según algunos, que velaba mi infancia, y me acompañaba en mi adolescencia y primera juventud, pudiera convertirse ahora en una lectura reivindicativa o reflexiva, al menos?

No quiero pasar por alto que El Parque Natural de Redes en dos concejos limítro-



*Canzana.*

fes a Laviana (Sobrescobio y Caso) ha sido recientemente declarado Reserva Mundial de la Biosfera. Es fácil deducir por qué Laviana no participa de ello estando situada también en el cauce del Alto Nalón.

Por otro lado se habla de casas de "aldea", como referencia turística; de la "aldea" global, como supuesto universal. Lo rústico hoy en día es un valor en alza: es utilizado en publicidad, las industrias de la moda lo exprimen, se utiliza como reclamo de automóviles, alimentación, en fin, tal parece que todo confluye en la aldea. Incluso hay un movimiento de retorno a ella, una vuelta a la aldea como algo siempre positivo. No estaba, por tanto, tan descaminado nuestro autor.

Por último, quisiera también hacer una reflexión de la mina, del infierno, para el novelista.

Para quienes somos hijos de mineros o hemos vivido de cerca la mina, la comparación que hace el escritor no es nada arbitraria. En primer lugar, hay que decir que nuestros padres lucharon toda su vida para que sus hijos no bajasen a la mina. Este es un sentimiento común irrefutable. Visto desde una perspectiva más global cabe preguntarse después de pasado un siglo si todo el sufrimiento personal (accidentes, muertes, viudas, huérfanos) y las consecuencias sociales, culturales, paisajísticas, etc. que tuvo en nuestras gentes y nuestros valles la llegada de las minas, han merecido la pena. Yo creo que no sinceramente, y supongo que tendremos que acabar por darle la razón a don Armando Palacio Valdés. Omito deliberadamente las consecuencias sociales positivas que tuvo en el movimiento obrero la llegada de la industria minera, puesto que ni de ello habla nuestro autor en la novela en ningún sentido, ni éste es el sitio adecuado para hablar de ello.

Sirva como conclusión de mis palabras que, sin echar las campanas al vuelo, nuestro escritor parece que tenía las ideas claras cuando le ponía serias pegas a la llegada de nuestras minas, y sobre todo me niego a creer que pueda ser un autor "anacrónico" (¡nada más lejos!). Lo que sí creo firmemente es que Palacio Valdés necesita una revisión literaria a conciencia, porque lo que sí es anacrónico y superficial es su consideración literaria actual.

Al margen de planteamientos políticos o ideológicos (–no tendrían sentido–) el novelista de Laviana es un aviso para caminantes: cuando haya que hacer una reforma profunda de nuestro paisaje (carreteras, puentes, vías,...), de nuestro patrimonio histórico o siempre que haya actuaciones que puedan cambiar nuestra forma de vida, nuestras costumbres.

**Miguel Allende Alonso**
Licenciado en Filología,
Canzana (Laviana), marzo de 2003

# Genealogía de una novela



Se propone CUBERA recuperar un discurso medioambiental contenido en la novela de Armando Palacio Valdés, LA ALDEA PERDIDA. Se trata de cerner en la complejidad de esta obra literaria la afirmación de valores que hoy han cobrado vigencia en el contexto de lo que se llama desarrollo sostenible. Y, como base de su pretensión, me pide algunas notas previas acerca de la obra literaria y de su autor.

**1.** De éste –como decía en mi *Introducción a la Literatura Asturiana* (1981)– es posible que su figura exija una revisión, a la luz de los nuevos métodos de investigación literaria (sociológicos, semiológicos, estructurales) que afortunadamente han ido imponiéndose con el lento paso del tiempo.

Una matizada y desapasionada revisión del personaje nos conducirá a conclusiones que desdicen la imagen de reaccionario, como demuestran sus declaraciones a *El Caballero Audaz* (1931) y antes a Antón Olmet (1918). En todo caso, como en las biografías más ricas -y la suya es compleja y un tanto contradictoria-, deberíamos saber apreciar épocas diferenciadas, al compás de la evolución personal. Existe una época primera de intelectual vinculado a las corrientes de pensamiento krausista, profundamente religioso aunque anticlerical, amante de la libertad y del progreso técnico, seguidor incondicional del racionalismo científico, escéptico en política, liberal desencantado de los liberales en el poder, republicano *avant la page*, reformista y simpatizante de la naciente izquierda. A esa época pertenece una novela tan cáusticamente crítica como *La Espuma* (1890). Es la época de un naturalismo matizado (1881-1893).

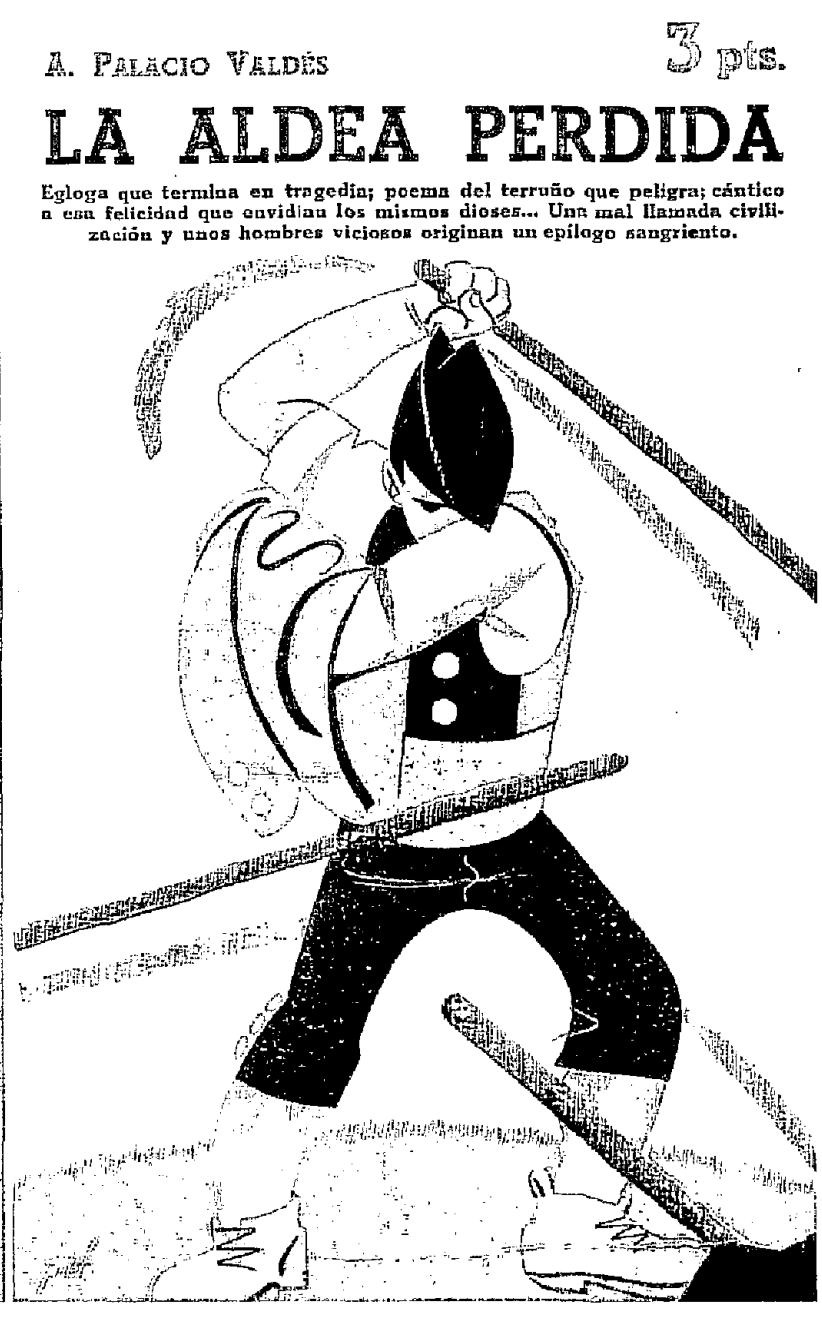
Una cierta crisis espiritual puede estar marcando una transición hacia posiciones de crítica frente a determinadas modas científicas –que, por cierto, tampoco han acreditado una solvencia posterior– como la frenopatía, la antropometría, el positivismo lombrosiano, con más todos los tópicos del españolismo de postal. Cabría hablar de esa etapa (desde 1893 hasta final de siglo) como de una cierta 'conversión' que según el propio novelista no afectaría para nada a su credo estético, aunque inevitablemente debemos relacionarla con el repudio del positivismo dentro de la liquidación ideológica finisecular.

A partir de 1900 la producción de nuestro novelista se espacia, caracterizada por el autobiografismo, la pérdida de energía crítica, el apoliticismo. Los últimos años de la novelística valdesiana no guardan relación alguna con aquellos del Palacio Valdés anticlerical, antimilitarista, antiaristócrata. Paradójicamente es en estos años de declive cuando el éxito, la fama, el dinero, los homenajes llegan abrumadoramente: académico de la Lengua desde 1906, el éxito de lectores es espectacular, figura en las valoraciones entre Baroja, Blasco, V. Inclán y P. de Ayala (1925), entre Galdós, Cervantes, C. Espina, Benavente, Azorín (1927). Dos veces, en 1927 y en 1928, es propuesto a la Academia Sueca para el Nobel de Literatura.

**2.** Del universo valdesiano destaca por muchos motivos LA ALDEA PERDIDA publicada en Madrid, Hijos de M.G. Hernández, hace cabalmente un siglo, en 1903. Es notable el que se haya ignorado el talante modernista de esta novela. Las fáciles oposiciones campo/ciudad, naturaleza / progreso, agricultura / industria han propiciado ese olvido, cuando justamente en esas oposiciones es donde se perciben las influencias del utopismo literario fin de siglo. El modernismo es, como dije en otro lugar a propósito de esta novela, un canto de rebeldía frente a un orden impuesto por el pensamiento positivista, una acusación frontal contra la sociedad del dinero y de los negocios, manteniéndose equidistante de las élites económicas y de las masas obreras. Sin detenerse en una explicación crítica, sin denun-

*Casa natal de Palacio Valdés a principios del siglo XX.*

documentación




*Portada de la edición de "Novelas y Cuentos".*

ciar la estructura social que les oprimía, los escritores modernistas les oponían la creencia en un mundo mejor, buscadores de la belleza en un universo incontaminado de regiones cultas, a las que no hubiera llegado el 'orden' económico burgués.

Ese es el medio mental en el que incuban obras como esta novela de Palacio Valdés: una reacción espiritualista a las alienaciones de un progreso invasor. De ahí, la vuelta al terruño, al paisaje, al ámbito de lo privado, al individualismo, al apoliticismo, todo ello cifrado en la vida campesina. Todo ello escrito al amparo de los cauces del modernismo, estético y por ende moral. Pero patéticamente incapaz de articular una reflexión coherente de aquella sociedad que condenaban, al parecer.

**3.** Como rasgos que adscriben esta novela al modernismo tenemos: * elaboración de una prosa poética y antirrealista, cargada de cultismos y referencias clasicistas, más la concepción de tragedia griega, rasgo que define profundamente la estructura de esta novela; * óptica personalista, sin impersonalismo de narrador omnisciente, con su punto de partida «et in Arcadia ego»; * elasticidad de la prosa, con un juego de *tempos* de gran expresividad; * gusto por los paisajes crepusculares; * prerrafaelismo de los personajes femeninos más destacados; * descripción de interiores (salones burgueses, llares campesinos); * valoración de las tradiciones musicales del pueblo; * figuras anacrónicas que se oponen al desarrollo industrial.

Que en la base de esta novela hay una realidad histórica de *lugares, personas* y sucesos es indudable. Se percibe, pero también es sabido testimonialmente. Ello le confiere un valor documental indudable. El que constituya un arsenal de datos sobre las clases sociales y los avatares de la industrialización asturiana es un valor que no debe pasar inadvertido, aunque no sea ese el 'intento' de la narración. Sí lo es el dar cuenta de una realidad profunda que sucede, el drama vivido por una generación que ve transformarse su medio habitual y perderse cuanto 'la aldea' significa.

Tiene para Villaviciosa un valor añadido, esto es, el sugestivo entronque mostrado por Sánchez Vicente entre esta novela y dos obras del patriarca de las letras asturianas: *El ñeñu enfermu* y *Los enamoraos de la aldea* de José Caveda y Nava están en las fuentes de esta archifamosa novela.

Que hoy nos enfrentemos –aún– con las dicotomías ciudad-aldea, progreso-naturaleza, [o ría-autovía] significa que avanzamos apenas, a duras penas. *Sed nunc non erat his locus*, como diría Horacio.

**Álvaro Ruiz de la Peña**
Profesor de Literatura.
Universidad de Oviedo

# Et in Arcadia ego

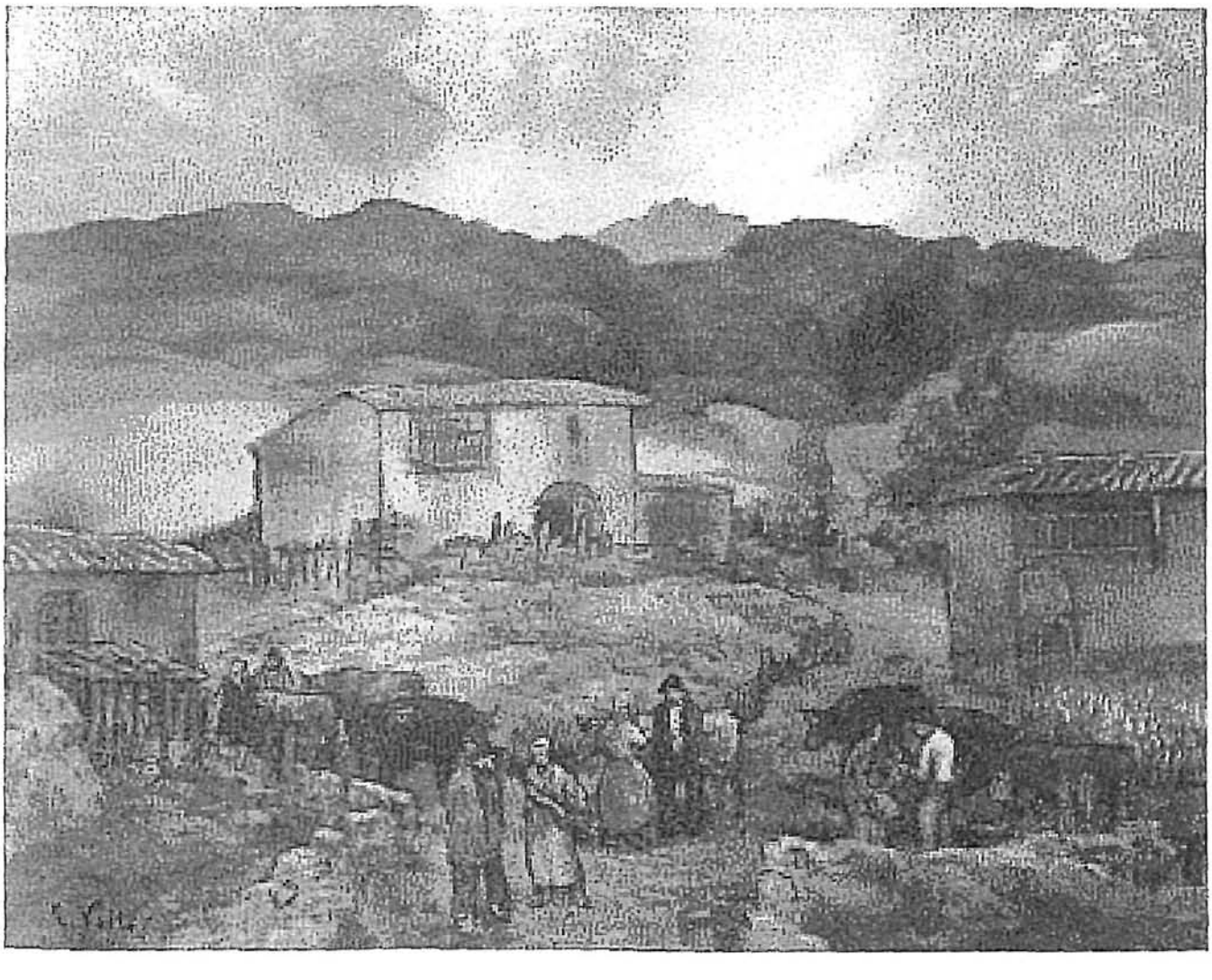


Busqué durante años, y con auténtica pasión de erudito, el origen de la cita latina que da título a estos folios y que encabeza *La aldea perdida*. Supuse desde un principio que, hallando su ubicación exacta en la tradición literaria, habría andado parte del camino para desentrañar el sentido último de la novela de Palacio Valdés. Hurgué denodada e infructuosamente en los clásicos latinos, sobre todo en Horacio y Virgilio; especialmente en este último, a quien el narrador cita expresamente en la novela[1], y al que me llevaba específicamente el recuerdo, de igual cadencia fónica, del verso 45 de *La Eneida*, *Nam Polydorus ego*, que supuse no muy lejano al objeto de mi búsqueda.

Pero fue inútil. La tan ansiada cita, que encontré desperdigada y utilizada en todos los contextos a lo largo de los autores más heterogéneos y en los pasajes más diversos y fecundos, no aparecía en su lugar primigenio. Hasta que a través de dos buenos amigos, el catedrático Javier Iglesias y el poeta Manuel Neila, encontré no sólo el origen exacto de la cita, sino también la anécdota de que no sólo yo había andado perdido en el bosque virgiliano de la investigación. Javier Iglesias, con su habitual precisión, me remitió a un ensayo de Erwin Panofsky, *"Et in Arcadia ego": Poussin y la tradición elegiaca*[2], en el que, ya en 1955, su autor daba cumplida cuenta del origen, evolución y significado de lo que de siempre había supuesto una cita de Virgilio.

Más difuso, pero no por ello menos fructífero, Neila me remitió a los ensayos de Augusto Monterroso, donde no sin esfuerzo hallé, resumida con su habitual concisión, una búsqueda similar a la mía, que Monterroso inició a partir de una cita de Nabokov y concluyó, en la lectura del mismo ensayo de Panofsky, con una convicción que abría de par en par mi horizonte investigador: "Y Virgilio no tuvo nunca nada que ver con la frase"[3].

El ensayo de Panofsky es tan completo y clarividente que cualquier resumen que se pretendiera, coincido con Monterroso, sería "una muestra muy pobre". Remítase el lector a sus páginas para hallar toda la evolución semántica de una frase que se ha



*Feria asturiana*, Evaristo Valle.

Colección MASAVEU

*"El ensayo de Panofsky es tan completo y clarividente que cualquier resumen que se pretendiera, coincido con Monterroso, sería «una muestra muy pobre»"*



movido entre dos polos: la visión inevitablemente virgiliana de la Arcadia que desde siempre se le ha supuesto y la inclusión de la muerte en sus paisajes, como hace el cuadro de Poussin que Panofsky demuestra está en el origen de la frase. Una muerte que, volviendo a nuestra novela de referencia, *La aldea perdida*, puede ser centro de evocación nostálgica de un pasado difuso en el que se pierden los contornos de la realidad y se acentúan los de la añoranza o, por el contrario, puede ser un foco de luz realmente intensa sobre la visión que su autor pretendió transmitirnos acerca de un periodo que ha marcado a fuego el devenir de Laviana, obviamente, como lugar que directamente señala la novela, pero también el de Asturias.

Pero vayamos por partes.

## UNA NOVELA CENTENARIA

Según testimonio de Emilio Martínez, *La aldea perdida* comenzó a escribirse hacia 1898: "...el corresponsal de la revista "Laviana", Manuel Martínez, propuso dirigir una carta a don Armando, pidiéndole una obra extensa sobre la vida y costumbres de nuestro valle, próximas a desaparecer bajo el polvo del carbón. Don Luis García Quintana, alcalde actual de Campo de Caso, envió la carta redactada por el corresponsal, y Palacio Valdés contestó rápidamente diciendo: –La estoy escribiendo y le obsequiaré con dos ejemplares. Se mandó la carta el año 1898 y en 1903 recibió don Luis lujosamente encuadernados dos ejemplares de *La aldea perdida*"[4].

En 1898 había publicado Palacio Valdés *La alegría del capitán Ribot*, novela que, junto con *Los majos de Cádiz*, editada dos años antes, marca un punto de inflexión en su evolución narrativa. En este sentido, se ha hecho clásica, y hasta cierto punto inevitable, la distinción que hiciera Roca Franquesa de dos épocas en la obra de Palacio Valdés[5] que, "si no presentan un cambio indudable en el orden estilístico, sí lo señalan en el ideológico[...] Estas dos épocas responden a una distinta y hasta nos atrevemos a decir opuesta concepción religiosa del novelista". La primera de ellas, que abarcaría toda su producción inicial hasta la publicación de *Los majos de Cádiz*, estaría caracterizada "por cierta concesión a la moda naturalista, mayor empleo de elementos descriptivos e ironía frecuente de tipos religiosos" y a ella corresponderían "las notas de pesimismo, amargura y hastío que podemos hallar en la producción literaria del novelista". La segunda época se distinguiría por "una tendencia espiritualista y depurada, cuyos más destacados eslabones son *La alegría del capitán Ribot*, *La aldea perdida*, *Tristán o el pesimismo*, el ciclo protagonizado por el doctor Angel Jiménez y *Santa Rogelia*".

Por su parte, Guadalupe Gómez-Ferrer distingue tres fases en la evolución narrativa de Palacio Valdés[6]. Partiendo de criterios historiográficos y de las estructuras narrativas que generan la interrelación texto-autor, Gómez-Ferrer contempla tres bien definidas: *Las novelas de los años ochenta* que, como las de los novelistas de la *generación de 1868* (Galdós, *Clarín*, Pardo Bazán, Pereda, Varela...), "se mueven entre el idealismo de procedencia krausista y el naturalismo de filiación positivista" (p. 442); *la orientación de los años noventa*, que la autora ejemplifica en dos novelas clave: *La espuma* (1891), en la que "se denuncia la corrupción de la élite, se insinúa la alianza de la Iglesia con el Poder, se explicita la explotación del mundo obrero (p. 113), de modo que Palacio Valdés acaba por llegar a "una identificación social con el mundo de las clases medias profesionales"; y *La Fe* (1892), en la que su autor "tiene que hacer una difícil opción personal que enfrenta idealismo y materialismo, o más concretamente, el positivismo y la fe" (p. 113), alinéandose finalmente con la esfera metafísica, aunque con una clara descalificación de la espiritualidad *eclesiástica*: "El escritor no está de acuerdo ni con las formas de religiosidad, ni con el talante de los sacerdotes, ni con la hipocresías de los fieles" (p. 118); por último, *el espiritualismo y el regeneracionismo de la tercera época*, en la que "se observa un claro viraje en el planteamiento y solución de la problemática que subyace a sus obras. Incorporación de su biografía, coordenadas claramente espiritualista y eticistas, desprecio de la política, antiindustrialismo decidido, recurso a un campesinado más o menos convencional e idealizado, nada conflictivo, suavización en los reflejos hacia la aristocracia..." (p. 113).

En cualquiera de los casos, *La aldea perdida* pertenece a la etapa final –segunda o tercera época, tanto da– de la evolución narrativa de su autor; una etapa, ya en pleno siglo XX, en la que Palacio Valdés recapitula los temas desarrollados en etapas anteriores para –a través del prisma de una espiritualidad ponderada y esencialista, de clara raigambre evangélica, y a través también de una óptica social que lo alinea en las filas de la pequeñoburguesía– darles nueva forma y orientación.

Aún así, *La aldea perdida*, que ahora cumple cien años, por su propia dinámica interna y por la especial disposición del autor ante su obra, viene a ser una especie de paréntesis, una pausa en la que se orillan otras preocupaciones, una tregua estratégica o acaso una inmersión a pecho descubierto en la mitología personal del escritor –¿un homenaje, un testamento?, como se ha dicho–, en todas las quimeras y supersticiones individuales que a lo largo de una obra trazada con clara voluntad de servicio –"El escritor debe tomar la pluma como un instrumento sagrado que Dios puso en sus manos para ennoblecer la vida"[7]– han ido siendo sorteadas y marginadas.

## NOVELA DE COSTUMBRES CAMPESINAS

Párrafos atrás, he rescatado el testimonio de Emilio Martínez en el sentido de que algunas per-

*El río Nalón, como eje del valle de Laviana.*

sonas vinculadas a Laviana reclamaban de don Armando la redacción de una novela *"sobre la vida y costumbres de nuestro valle, próximas a desaparecer bajo el polvo del carbón"*. El propio Palacio Valdés, cuando publica *La aldea perdida*, la subtitula "Novela–poema de costumbres campesinas" y, más adelante, cuando redacta las notas introductorias a sus *Páginas escogidas*, vuelve a insistir:

*"Después he visto aquel amado valle natal agudamente conmovido por la invasión minera. Su encanto se había disipado. En vez de los hermosos héroes de mi niñez vi otros hombres enmascarados por el carbón, degradados por el alcohol. La tierra misma había también sufrido una profunda degradación. Y huí de aquellos parajes donde mi corazón sangraba de dolor y me refugié con la imaginación en los dulces recuerdos de mi infancia. De tal estado de ánimo brotó esta novela [La aldea perdida]"*[8].

Algunas páginas antes, en este mismo libro, confiesa que "cada cual debe escribir según el humor en que se halla" (p. 9).

Desde esta declarada óptica del autor se trata en esta novela, por una parte, de rescatar de la memoria, de los "dulces recuerdos" de la infancia, cuanto sea posible; y por otra, de enfrentar aquellos momentos paradisíacos con la "profunda degradación" a que se encuentran sometidos por la invasión minera. Estas precisiones de Palacio Valdés, junto con algunos momentos de la novela, han hecho llover sobre la misma y sobre su autor una amplia gama de descalificaciones, que llegan a veces al improperio, y entre las que se encuentran las de "reaccionario" y "enemigo del progreso" como más sustanciosas.

Ahora bien, una cosa es lo que el autor asegura haber hecho y otra muy distinta lo que ha conseguido realmente. Entre el propósito inicial y el resultado final media siempre un abismo, una especie de salto en el vacío, es decir, un complejo juego de realidades y aproximaciones lingüísticas, de mediaciones connotativas y polisémicas: un palimpsesto proteico y versátil que nos devuelve la obra literaria desde otro ángulo, que nos pone en contacto con la cara oculta del relato y que, en definitiva, nos reenvían a una concepción de la obra como un heteróclito proceso en el que las leyes de la lógica dejan paso a un envolvente juego de sugestiones las más de las veces trufadas de signos medio ocultos, dispersos e inefables. Pero signos al cabo en los que la comunicación obra-lector (y no siempre, autor-lector) se cumple de manera inexorable.

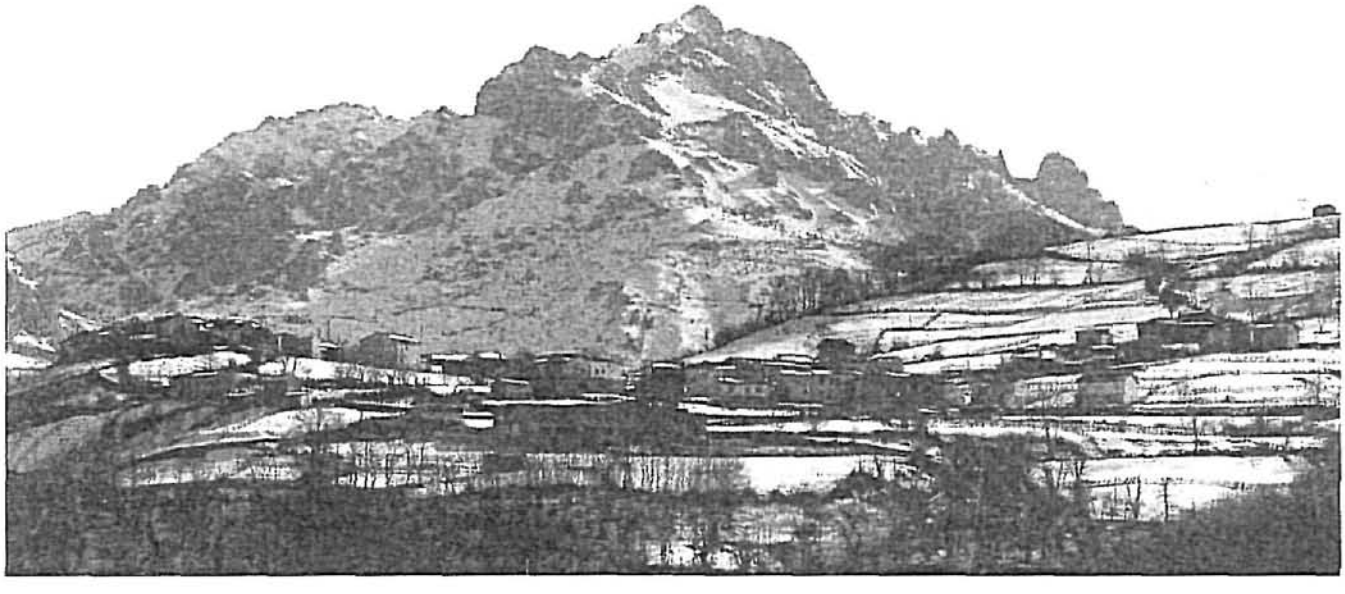
Las posibilidades de una *lectura crítica* de esta obra, hasta el presente inexploradas (y debo apresurarme a decir que tampoco se llevará a cabo en estas páginas, que obviamente tienen otro objetivo), son insaciables. Manuel Pascual Rodríguez ha destacado la posibilidad de acercarse a la narrativa de Palacio Valdés desde posturas más coherentes críticamente, labor que él mismo ha llevado a cabo de manera notable, intentando "poner de manifiesto que la obra de Palacio Valdés es apta para ser vista desde una nueva luz, fuera de los partidismos a ultranza o las detracciones tajantes"[9]. Desde este punto de vista, *La aldea perdida* acabaría siendo comprendida como una obra más compleja de lo que las simplificaciones con las que generalmente se la ha enfrentado o descalificado han dado a entender. Una obra en la que el marbete de "novela de costumbres campesinas" se superponen otros análisis, otros ángulos de visión y de enfoque, otros énfasis dialécticos.

Para ello es preciso comprender que "la cuestión esencial no es ya la del *escritor* y la *obra*, sino la de la *escritura* y la *lectura*, por lo que nos hace falta definir un nuevo espacio en el que estos dos fenómenos podrían ser comprendidos como recíprocos y simultáneos, un espacio curvo, un medio de intercambios y de reversibilidad en el que estaríamos por fin del mismo lado que nuestro lenguaje", según anota Philippe Sollers[10]. En este espacio de solidaridad y de intercambios entre el lector y la obra, obviadas las mediaciones del autor, y más que del autor, de los propósitos que le llevaron, no ya a redactar la obra, sino a comenzar su redacción; en este espacio de *recreación* y síntesis (en el sentido más hegeliano del término), *La aldea perdida* puede mostrar al lector actual y proyectar sobre la propia novela la luz suficiente como para que se destaquen matices generalmente ocultos y la inquietud necesaria para que comience a ser absorbida críticamente desde otros ángulos y perspectivas.

Porque, efectivamente, *La aldea perdida* es una novela de costumbres campesinas, en cuanto incorpora los suficientes elementos y descripciones de este signo. Pero, sin forzar el patrón, puede ser

*"Después he visto aquel amado valle natal hondamente conmovido por la invasión minera. Su encanto se había disipado"*
(A. Palacio Valdés)





*Peña Mea.*

"también" una novela minera, sentimental, poética, helénica, de humor, etc., ya que todos estos accidentes, de forma más o menos contingente, aparecen entreverados en la materia general de la obra.

En resumen, esta novela, a despecho de las declaraciones de su autor, o precisamente por eso –no se olvide que era, de entre las suyas, la preferida y que dice haberla escrito como el que hace un solitario con una baraja, aunque esto, en definitiva, viene viene a cerrar el ciclo de las contradicciones– y en contra de quienes creyeron a pie juntillas y aprovecharon sus palabras, puede leerse desde posiciones que incorporen otros análisis y predicados, desde posturas que tiendan a una interpretación de la novela menos implicada en discusiones de época.

## POEMA DE SIGNO TRÁGICO

La estructura temática de *La aldea perdida* se polariza en torno a dos focos bien definidos. El primero de ellos, que sirve de base al sustrato "ideológico" de la obra, se apoya en la oposición tradición-progreso que se traduce aquí en el antagonismo agricultura-industria. El segundo, que opera de soporte a la *intriga* de la novela, narra los amores de las parejas Nolo-Demetria y Jacinto-Flora; amores que se ven contrariados por la aparición de un elemento extraño e inhibidor –la diferencia social que se establece en el senos de ambas parejas, al descubrir tanto Flora como Demetria que pertenecen a una clase social superior a la de sus amados– y que, en el momento en que se les presagiaba mayor felicidad, son brutal y violentamente cercenados por la muerte de Jacinto y Demetria a manos de los dos mineros, Plutón y Joyana, que le han servido al autor para modular las características sociales, incluso morales, de la minería.

Envolviendo y sustentando el desarrollo casi contrapuntístico –sólo en los tres últimos capítulos se entrelazan de manera inexorable– de estos dos núcleos temáticos, la novela despliega un abanico, entre costumbrista y lírico, de descripciones y narraciones paralelas en las que se recogen aspectos del folklore, de las costumbres, del devenir cotidiano de la comunidad campesina en cuyo marco se desarrolla la novela. Estos aspectos, que si hoy nos parecen documentos de época, en su momento no pasaban de ser un motivo más dentro del descubrimiento del "paisaje" y de la vindicación del campesinado a que se entregó la pequeña burguesía de la Restauración –no se olvide que hacia 1900 el setenta por ciento de la población se ocupaba en tareas agrícolas y ganaderas–; estos aspectos, obviamente, son los que han propiciado el que de *La aldea perdida* se haya hecho una lectura en clave de "novela de costumbres campesinas", como se apuntaba.

*"Porque, efectivamente,* La aldea perdida *es una novela de costumbres campesinas, en cuanto incorpora los suficientes elementos y descripciones de este signo"*



Pero esta novela, también se dijo, puede sus-ıtar muchos otros análisis. Entre ellos, la tan fre-ente lectura "ideológica", en la que quiere verse ?alacio Valdés o bien como un enemigo implaca-e del desarrollo industrial o bien, matizando su ,tiindustrialismo, como un nostálgico de valores ıe acaban perdiéndose o difuminándose tras la vasión industrial; un nostálgico que, en suma, ter-ina por enfrentar dos variaciones cromáticas, el ɔrde del paisaje frente al negro del carbón, para ıetaforizar un proceso irreversible: "al mundo atriarcal e idílico, sano y fuerte aunque pobre, ınorante y suspicaz de la época preindustrial, suce-e el mundo de la industria, que si bien supone ıayor riqueza y bienestar material, comporta en ambio una serie de valores negativos"[11].

En apoyo de esta tesis –y sobre todo, de la ante-ior: reflejo nostálgico de costumbres campesinas– uele acudirse, con toda justicia a los paralelismos :stilísticos y estructurales de esta obra con *La Ilíada* de Homero. En otro lugar[12], he apuntado algunos de estos paralelismos, por otra parte tan evidentes. Ahora bien, esta correlación Homero/Palacio Valdés ¿ha de interpretarse necesariamente en clave heroi-ca? ¿Es preciso acudir a las implicaciones de la épica y la epopeya para justificarla? Recordemos lo que Sócrates le dice a Glaucón en el libro X de *La República*: "Estamos dispuestos a reconocer que Homero es el mayor de los poetas y el primero de los trágicos". Y *el primero de los trágicos*. ¿Cabe, pues, intentar una lectura de *La aldea perdida* desde la perspectiva de la tragedia?

Es tan exuberante la naturaleza que vibra en cada una de las páginas de *La aldea perdida*; tan minuciosa y realista la descripción de las costum-bres; tan sugerente el acarreo de materiales de la mitología griega; tan fértil la discusión acerca de la postura del autor frente a la irrupción de la minería, que parece que todas las otras posibilida-des no son más que desviaciones del verdadero objeto. Y sin embargo, la lectura, en clave trágica, de *La aldea perdida* puede explicitar, de forma bastante más convincente y palmaria, algunos con-tenidos e implicaciones que de otra forma quedan oscurecidos.

El último capítulo de la novela, *La envidia de los dioses*, es imposible leerlo desde una perspectiva exclusivamente homérica, o al menos, heroica, si aceptamos la distinción socrática que líneas atrás se recogía. Veamos. El autor se dispone a despedirse. Todo ha concluido felizmente en los capítulos ante-riores y en éste sólo resta la celebración, el broche de oro. Pero el narrador –cuyos desdoblamientos y modulaciones son uno de los soportes técnicos que aprovecha el autor para dar dimensión dramática a su obra–, anticipándose a los hechos, usurpando, pues, las funciones del coro en la tragedia clásica, va salpicando el capítulo de premoniciones: "Una voz secreta me dice que jamás debierais salir del recinto de mi corazón"; "En este momento no puedo sen-tirme alegre porque temo, en verdad, la envidia de los dioses"; "¿Ay, pluguiera al cielo que no dierais un paso más!"; premoniciones que estallan de forma violenta y rápida en la última página: "un *minero de baja estatura, de mísero aspecto* [...] le descerrajó un tiro, dejándolo muerto" [a Jacinto], mientras "la mano de Plutón avanzó por encima del *hombro de aquélla* [Demetria] y le dio una terrible cuchillada en la garganta".

En sólo nueve líneas la novela adquiere una dimensión distinta. A la doble lógica que hasta este capítulo impregnaba el relato –de una parte, la agresión de la minería en un escenario arcádico; de otra, el amor de ambas parejas como vehículo de la narración– debe sumarse, a partir de esas nueve líneas, una nueva dinámica urgida por el elemento trágico.

Las muertes de Jacinto y Demetria, su inmola-ción final, sólo adquieren sentido desde la óptica del sacrificio ritual. Para que la profecía del arúspi-ce don César de las Matas de Arbín, en el capítulo IX –"Demetria ha muerto y se prepara el adveni-miento de un nuevo reinado, el reinado de Plutón. Saludémosle con respeto, ya que no con amor..."–, se cumpla debidamente, era necesario el desborda-miento de la crueldad, que no habría adquirido su dimensión trágica de no venir unido al exceso, situando ambas muertes en el patetismo de la tra-gedia. Porque el común denominador de estas muertes es un no accidentalidad, su fatal someti-miento a la inexorable culminación de un proceso. La muerte es aquí el horizonte, el límite implícito del proceso que se ha venido siguiendo.

## ET IN ARCADIA EGO

Hemos vuelto, pues, al principio de estas pági-nas en que se recordaba cómo Panofsky, en su ensa-yo sobre los orígenes de esta frase, descarta el entronque virgiliano de la Arcadia evocada para enfrentar, desde el cuadro de Poussin, una realidad bastante más cruda. Es la propia muerte la que pro-nunciaría esta frase, *Et in Arcadia ego*, que podría-mos traducir más o menos como "incluso yo, la Muerte, reino en Arcadia". Claro que, estando el verbo implícito, su traducción puede adoptar *matices* e intensidades diferentes, según el intérprete y la ocasión; de modo que el "reino" que traduce Panofsky se trasunta en "existo" para Monterroso y aún podría admitir otras variantes, como "domino" o "vigilo" y connotaciones similares. En cualquier caso, el hálito nostálgico de quien añora una región o momento especialmente edulcorado, en el que dominan los cantos y las flautas, la vegetación exu-berante, la eterna primavera y el ocio para el amor parece evidentemente olvidado cuando se realiza la lectura desde el lado de acá de la metáfora; y cuan-do la muerte adquiere total protagonismo.

Una muerte que permite evocar la tragedia, como se viene haciendo, porque, aunque un hecho sangriento y especialmente monstruoso, como la

*"Es el valle de Laviana, donde he nacido, grandioso sin ferocidad, grave y apacible al mismo tiempo"*
(A. Palacio Valdés)

*El valle de Laviana.*

muerte de ambos protagonistas al final de la novela, no da *per se* razón de lo trágico, sí que es consustancial al signo trágico la interrogación, la indagación de los porqués acerca de la vida del hombre, de los hombres sujetos a la permanente contradicción y oposición de la alegría y el dolor, el amor y el odio, el cielo y la tierra, el bien y el mal. La tragedia estalla radicalmente y toma conciencia de sí misma cuando, como ha señado Horthorp Frye, el autor, ayudado en este caso por las distintas voces del narrador, coloca a los personajes en un estado de libertad inferior a la del lector.

Es este juego de contrarios que la novela ha venido perfilando, que tanto recuerdan la metáfora nieztscheana de lo apolíneo y lo dionisíaco, el que da la dimensión última a la novela. Si prescindimos de este enfoque que proporciona la muerte como elemento inevitable que reina en Arcadia; si obviamos la dimensión trágica que se adquiere con la ponderación histórica de los hechos narrados, estamos negando quizás una de las posibilidades interpretativas más fecundas que *La aldea perdida*, cien años después de su publicación, nos proporciona.

NOTAS

[1] Vid. A. PALACIO VALDÉS, *La aldea perdida*, Austral, Madrid, 1991, ed. de Álvaro Ruiz de la Peña. "Enfrascado [don César de las Matas de Arbín] en sus meditaciones clásicas y repitiendo en voz baja la hermosa égloga primera de Virgilio, caminó paso entre paso por la finca. Y como llegase a una rinconada umbría, se tendió *sub tegmine fagi* recitando cada vez con más fervor los versos del cisne de Mantua" (p. 141).

[2] Recogido en Erwin PANOFSKY, El significado de las artes visuales, Alianza Editorial, Madrid, 1979, pp. 323–348.

[3] Augusto MONTERROSO, "*Et in Arcadia ego* y lo obvio", en La letra e, Alianza Tres, Madrid, 1987, pp. 56–59.

[4] MARTÍNEZ, Emilio, *La Laviana de Palacio Valdés*, BIDEA 1953, núm. XIX, p. 296 (subrayado mío).

[5] ROCA FRANQUESA, José Mª, *Palacio Valdés: Técnica novelística y credo estético*, Oviedo, IDEA, 1951, cap. 2º.

[6] GÓMEZ–FERRER, Guadalupe, *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo, IDEA, 1983. Vid. expresamente cap. III, "Estructuras narrativas", pp. 91–133.

[7] PALACIO VALDÉS, A., *Testamento Literario*, Fax, Madrid, 1949, p. 14

[8] PALACIO VALDÉS, A., *Páginas escogidas*, Madrid, Calleja, 1917, p. 219–220

[9] PASCUAL RODRÍGUEZ, M., *Armando Palacio Valdés. Teoría y práctica novelística*, Madrid, SGEL, 1976, p. 230.

[10] Cit. Por Gérar Genett, *Les chemins actuels de la critique*, Paris, 1968, p. 136

[11] GÓMEZ–FERRER, loc. cit., p. 123.

[12] TRINIDAD, Francisco, *Palacio Valdés y Laviana*, Laviana, 1983, pp. 39–40. Ver también MORÓN ARROYO, Ciriaco, "*La aldea perdida* entre el pasado y el presente", en DENDLE, Brian J. et alii, *Estudios sobre Armando Palacio Valdés*, Ottawa, 1993, pp. 104–105.

**Francisco Trinidad**

# .a Arcadia ha concluido

*La llamada casa de Demetria, en Canzana.*

El nudo de *La aldea perdida* es el conflicto provocado por la industrialización en una comarca campesina, con referencias históricas y geográficas muy concretas al concejo de Laviana hacia 1860. El conflicto se plantea en forma de lucha entre la cultura tradicional -sociedad patriarcal estamental- y una nueva concepción del mundo -sociedad burguesa industrial. Una sociedad idílica -la de las diosas Demetria y Flora- invadida por los demonios -los mineros Plutón y Joyana.

Toda la tensión dramática y dialéctica de la novela puede quedar expresada con dos frases, la que inicia y la que cierra la novela:

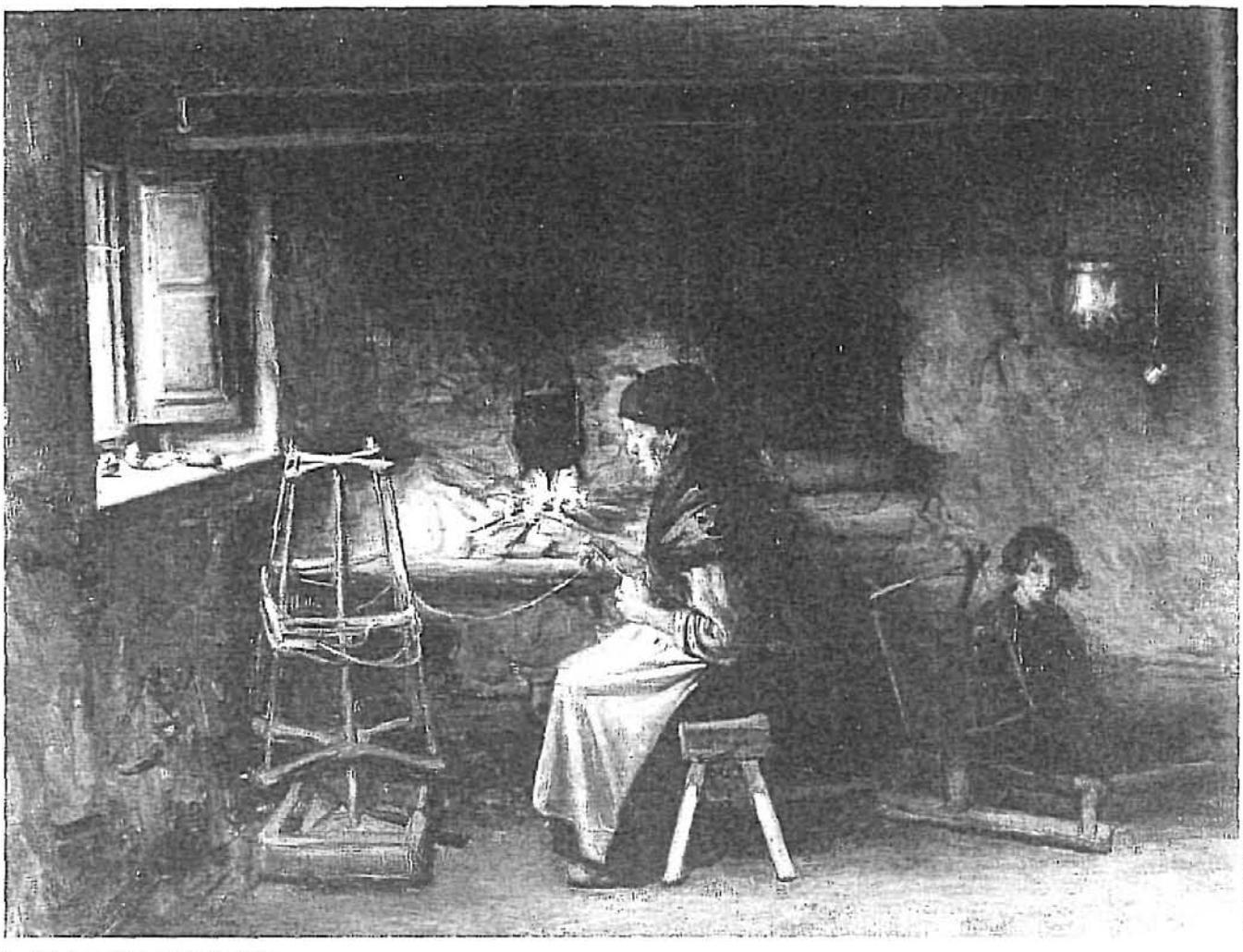
"¡Sí, yo también nací y viví en Arcadia!" Habla en el principio el escritor que reconstruye su infancia idílica.

"Decís que ahora comienza la civilización... Pues bien, yo os digo...¡oídlo bien!...¡yo os digo que ahora comienza la barbarie!" Habla don César de las Matas de Arbín, probablemente una personificación de su abuelo paterno.

Un mundo patriarcal armónico, en equilibrio estable, destruido por una nueva civilización/barbarie. (Elías García Domínguez. *La sociedad patriarcal en 'La aldea perdida'*, *BIDEA 1968).*

## I. SOCIEDAD PREINDUSTRIAL

En este poema bucólico de la Asturias de su infancia registra Armando Palacio Valdés la transformación de la sociedad agrícola y patriarcal en industrial y minera. El realismo de base que le inspira le confiere carácter documental y nos da pie para conocer aquel momento; a la vez, el choque



Colección MASAVEU

*La hiladora.* Manuel Medina Díaz.

descrito nos permite dilucidar las notas caracteristicas o rasgos distintivos de la formación social de carácter rural, patriarcal. Estas notas son fundamentalmente cinco.

1. Pobreza

"La mayoría de la población vivía al borde del desastre económico y si no tenía una suerte excepcional o no trabajaba con una intensidad extraordinaria tenía pocas perspectivas de poder gozar de un nivel de vida netamente superior en el curso de su vida" (Phyllis Deane).

La situación real de la Arcadia se va desvelando a golpe de indicaciones hechas como de paso: **"Los desgraciados habitantes de esta región apenas pueden a costa de grandes esfuerzos, llevar un pedazo de borona a la boca". O: "Además, pasar toda la vida con borona, leche y judías era bien duro".**

Se describe el modelo de familia campesina que con ese denodado esfuerzo sale adelante hasta labrarse una situación desahogada: el tío Pacho y la tía Agustina, especie de Adán-Eva de aquel paraíso:

**"Gracias al esfuerzo tenaz, incansable, rabioso, de los dos cónyuges, aquello había prosperado lindamente".**

Un día los vecinos que viven en mejores parajes descubren la prosperidad labrada con aquel esfuerzo, con el cual les han tomado la delantera:

**"Los vecinos del llano, que disfrutaban de fértiles vegas y praderas riquísimas, se dieron un día cuenta con asombro de que el tío Pacho de la Braña era el paisano más rico de Villoria".**

La percepción respondía a la realidad objetiva:

**"Poseía más de treinta cabezas de ganado mayor, casa, huerta, algunos campos extensos, muchos castañares y, sobre todo, un número tan considerable de emparrados de avellana que le hacía recoger algunos años cuarenta cargas de esa fruta. ¡Y en aquella época valía la carga veinte duros!" ... "La abundancia y la alegría reinaban en aquellas tres casas".**

2. Estancamiento

"Las familias que se encontraban en situación de pura subsistencia se veían obligadas a encerrarse en los límites de su parroquia porque sabían que sólo en ellas podrían obtener ayuda cuando les afectase el infortunio económico" (Phyllis Deane). De ahí la implicación de toda la familia en la explotación agrícola; una comunidad de trabajo familiar les hacía más resistentes al fracaso; la acumulación de esfuerzo familiar se traducía en acumulación de

*"El progreso –que me libraré mucho de maldecir, culpándolo de lo que se debe a él infinitamente menos que a nuestro abandono..."*
(Maximiliano Arboleya)



ecursos. Los tres hijos y sus cónyuges vivirán juntos trabajarán coordinados por el patriarca:

"Se trabajaba tan firme como en los primeros iempos"... *"Después de la cena se reunían todos* n la casa del padre, y mientras los cuatro hombres, sentados en tajuelas frente al fuego, deparían gravemente sobre la faena del día siguiente, a madre y la hija, hilando un poco más allá, no erdían de vista a los niños que correteaban por la asta cocina".

Eran tiempos, "no sé ciertamente si más felices, le *la economía cerrada, cuando las aldeas vivían* omo si dijéramos sobre sí mismas, sin relación casi on el exterior con 'el mundo'; cuando, como dice in escritor antiguo, los campesinos sólo iban a las iudades para pleitear, para pedir préstamos al usuero o para corromperse..." (M. Arboleya. VIII emana Social de España, Zaragoza 1934, p. 530).

. Dependencia de la agricultura

*Es casi una tautología afirmar que la agricultu*a era el medio fundamental de vida y muy pocas amilias conseguían librarse de la amenaza constane de un desastre climatológico. Señores o 'lebeyos, todos están ligados a la agricultura. A itulos distintos. Podemos diferenciar varios tipos le relación, que, a su vez, determinan sensibles liferencias intraestamentales dentro de estos propietarios rurales: el propietario desvinculado de la ierra, el que está vinculado a la tierra con arrendatarios y criados, el propietario pobre o empobreido, el campesino con tierras que no paga rentas; este sería el caso de la familia de Nolo y hemos de observar la concentración de datos en la novela obre la familia de Nolo de la Braña. Palacio Valdés describe el *caso paradigmático del aldeano esforza*lo; lo sitúa en el origen, casi un Robinson: "Cuando el tío Pacho, padre de Nolo, se había ido a vivir allí con su mujer, hacía treinta años, no había más que *una mísera cabaña de madera*". *Su trabajo es la* agricultura y ésta, el sustento tradicional, no debe ceder ante la industria. Así lo asienta el capitán don Félix:

"Hasta hora hemos vivido a gusto en este valle sin minas, sin humo de chimeneas ni estruendo de maquinaria. La vega nos ha dado maíz suficiente para comer borona todo el año, bien sabrosas, patatas y legumbres no sólo para alimentarnos nosotros, sino para criar esos cerdos que arrastran el vientre por el suelo de puro gordos. El ganado nos da leche, y manteca, y carne si la necesitamos, tenemos castañas abundantes que alimentan más que la borona y nos la ahorran durante muchos días; y *esos avellanos que crecen en los setos de* nuestros prados producen una fruta que nosotros apenas comemos, pero que vendida a los ingleses hace caer en nuestros bolsillos todos los años algu*nos doblones de oro. ¿Para qué buscar debajo de la* tierra lo que encima de ella nos concede la Providencia: alimento, vestido, aire puro, luz y leña para comer nuestro pote y calentarnos en los días de riguroso invierno?".

4. Falta de especialización

En una economía preindustrial el trabajador se dedica generalmente a diversas ocupaciones y trabaja en diversas industrias. Es el típico 'hombre para todo':

"El tío Pacho se quebraba los riñones cercando y rompiendo terreno comunal para ponerlo en cultivo, plantando avellanos, construyendo almadreñas; la tía Agustina, su mujer, cuidando el ganado, hilando, fabricando quesos y mantecas que llevaba los jueves a vender a la Pola". "El tío Pacho ... construyó una casa de piedra ... La tía Agustina ... se presentó con un enorme pan de escanda tan oscuro como sabroso, y poco después un queso fresco y chorizos, fabricado todo de sus manos".

5. Religiosidad

*Dependencia de fuerzas 'supranaturales'*, religiosidad que está presente en las prácticas y aun en el lenguaje de todos los actuantes. (Modo de producción agraria, más propicio a la 'dependencia' que el industrial. ARBOLEYA 1934).

–Prácticas ortodoxas:
"Mi hermana quería venir a la misa, pero tiene a su niño un poco enfermo y acaso no podrá venir. Me ha dado este escapulario para que le hagas el favor de tocarlo a la Virgen".

Particularmente la familia tiene establecido un rito oracional, con el que se corona la tarea diaria:

"Al cabo se rezaba el rosario".

Rito de obligada observancia e imposible dispensa:

"Tuve que bajar de la cabaña un carro de hierba y cenamos tarde...Además mi madre tampoco hoy quiso dejarme marchar sin [rezar] el rosario", dice Nolo y reafirma Demetria para quien la diversión sería una forma de pecado:

–Ha hecho bien. Faltar a las oraciones por divertirse es doble pecado..."

–También hay otras prácticas y creencias heterodoxas, como la creencia en brujería,conjuros y anticonjuros:

"Mire usted, tía bruja, porque si usted vuelve a *insultarme, aunque tenga un pacto con el demo*nio y salga los sábados a chupar la sangre de los niños, le juro por la mía que le arranco la lengua" (Florita a la vieja Rosenda).

"Dios te guarde, Nolo, y a tus padres, y a tus hermanos. San Antonio guarde también al ganado

*Bajando a Las Caldas.* Augusto Junquera, 1908.

**que tenéis en la cuadra"** (Amigos a Nolo, en señal de recta intención, como anticonjuro del mal de ojo).

## II. LA ANTÍTESIS

Que la Arcadia feliz no lo era tanto es algo que se trasluce en el relato del novelista. De hecho la aldea se desliza hacia la industrialización por la atractiva la salida de la pobreza.

**"Brindo** –exclama el joven ingeniero– **por que en breve plazo quede desterrado del hermoso valle de Laviana ese manjar feo, pesado y grosero que se llama borona. No podéis imaginar con qué profunda tristeza he visto a los pobres labradores alimentarse con ese pan miserable. Entonces he comprendido la razón de su atraso intelectual, la lentitud de su marcha, la torpeza de sus movimientos, la rudeza de todo su ser".**

Por eso podemos decir que aqui se lamenta la pérdida de un paraíso ... engañoso. Nos recuerda inevitablemente a nuestro Jove Hevia dando cuenta dolorida de *su* feliz villa perdida, de hacía cuarenta años.

Todo ha cambiado. Y el factor que todo lo cambia es una nueva economia, otro modo de producción que transforma básicamente la vida pobre de aquellos campesinos en próspera. De la pobreza, del estancamiento, de la dependencia agrícola, viene a sacarles la nueva forma de trabajar y las derivaciones consiguientes. En aquella aldea pobre, ahora **"corría el dinero entre el paisanaje".** Y las fuentes tocaban los diversos sectores de la economía; eran:

–Los salarios:
**"Esperaban tomar algún dinero, ya sea de los jornales de sus hijos, pues se aseguraba que admitían en la mina hasta los niños de diez años".**

**"Poco a poco aquellos mineros enseñaron su oficio a los zagales de Carrio y Canzana. Muchos padres enviaron a sus hijos a la mina. Al principio ganaban corto jornal; pronto subió este y en las casas de aquellos pobres labradores entró un chorro no despreciable de dinero. Con esto la alegría de los paisanos fue grande".**

–El mercado:
**"Ya de la venta de las frutas, huevos, manteca..."**

–Los servicios:
**"Las cuadrillas de mineros y operarios traídas de otros puntos se alojaban en casa de los labradores de Carrio, Entralgo, Canzana...."**

De esta suerte, la expectativa de cambio en los usos era obvia:

**"En otras partes los jornaleros comían pan blanco, tomaban café, bebían vino y en vez de aquellas camisas de hilo gordo que ellos gastaban se ponían a raíz de la carne unas camisetas de punto suaves, suaves como la pura manteca".**

"El progreso –que me libraré mucho de maldecir, culpándolo de lo que se debe a él infinitamente menos que a nuestro abandono –dice el sociólogo lavianés Maximiliano Arboleya– rodeó de caminos cómodos las aldeas más remotas, cruzó sus campos, antes silenciosos y olvidados, con sus trepidantes

# "*En* Sinfonía pastoral *fray Ceferino recomendaba la aldea como terapia educativa*"

*El cardenal Ceferino González.*

ferrocarriles y automóviles; abrió a los productos agrícolas los mercados todos del mundo; colocó a los campesinos en contacto con otras costumbres, con otras preocupaciones, con grandes extravíos; infiltró en el ambiente plácido de la aldea el que envuelve con hálitos envenenados las grandes urbes y los centros fabriles, y el labrador sintióse como en un ambiente distinto, donde la religiosidad queda relegada a último término, ya que no arrumbada totalmente por inútil y aun perjudicial; y lo que sólo se sostenía, sin base y sin arraigo, por fuerza del hábito, del medio, de la tradición, se comenzó a evaporar como el aroma de un licor delicado expuesto a la intemperie" (M. Arboleya Martínez. VIII Semana Social de Zaragoza. 1934, p. 530-531).

La oposición de las dos culturas se presenta en nuestra novela como la lucha del bien y el mal, de la luz y las tinieblas. Se nos está hablando de un *paraíso perdido,* en el que la introducción del dinero como fundamento de la nueva economía juega el papel del pecado original en el paraíso bíblico.

El modo de producción condiciona todo lo demás. Aun evitando cualquier determinismo (como ad-vierte Federico Engels) sobre todo en cuanto al detalle y las decisiones individuales, el conjunto funciona así. Todos los factores que definen la formación social se entrelazan entre sí constituyendo un todo compacto, de modo qué, desatado uno, los demás se sueltan y el conjunto tiende a la disolución. Modo de producción, modo de vida, prácticas, usos y costumbres, visión de la vida, creencias y religiosidad.

Lo intuyó enseguida don César de las Matas de Arbín:

**"Hace ya tiempo que siento el ruido de la ola que nos ha de arrebatar. Desde que comenzó la explotación de las minas de Langreo comprendí que nuestra vida patriarcal, nuestras costumbres sencillas, iban a fenecer. Y en efecto, amado primo, te lo diré con franqueza: ¡Demetria ha muerto!...**

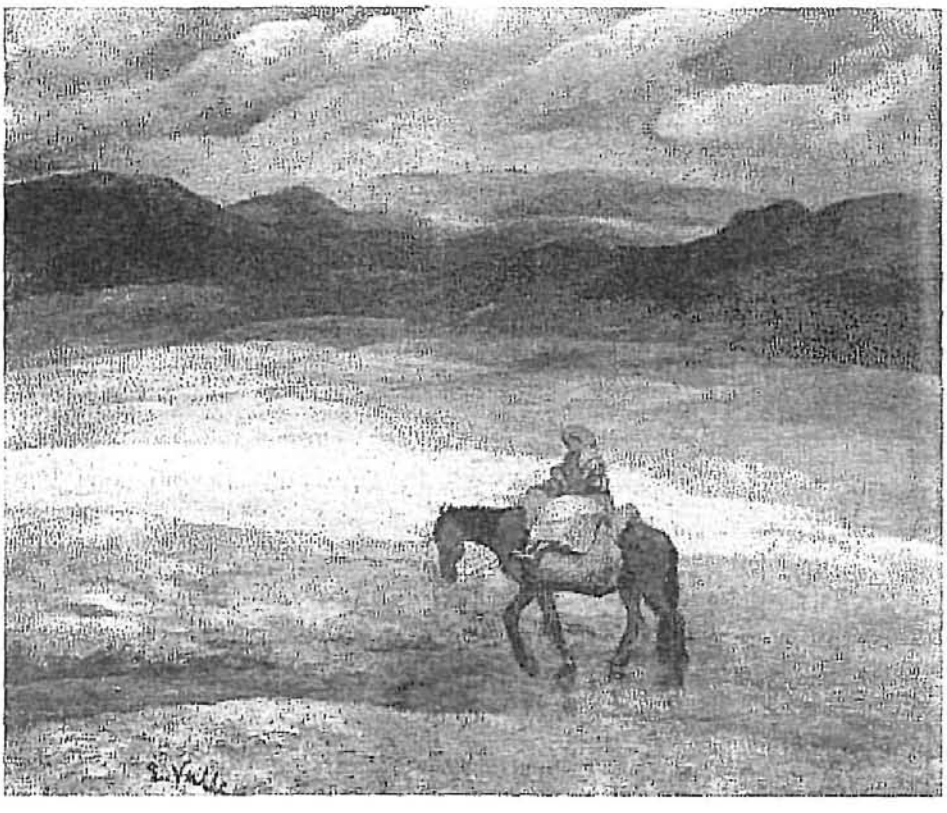
**No, no es la hermosa zagala de Canzana por quien tú te interesas la que ha muerto. Es la gloriosa Demetria, la diosa de la agricultura, la diosa que alimenta, como la llama Homero... esa que vosotros los latinistas llamáis Ceres, Demetria ha muerto y se prepara el advenimiento de un nuevo reinado, el reinado de Plutón. Saludémosle con respeto, ya que no con amor ... ¡Con amor no! Yo no puedo amar a ese dios subterráneo que ennegrece los rostros y no pocas veces también las conciencias. La Arcadia ha concluido".** (AP, cap. IX Los Hidalgos).

EG

# Perdida en la red

documentación

Ciertamente, no es Palacio Valdés un autor reconocido actualmente y para comprobarlo basta asomarse al escaparate por antonomasia, Internet, que viene a ser hoy una especie de barómetro a través del cual se puede "medir" la popularidad de cualquier persona u obra con una precisión bastante exacta. Una simple consulta en cualquiera de los buscadores más utilizados, solicitando menciones o presencias de Palacio Valdés, arrojará una cifra que en principio puede resultar apabullante, pero que es simple hojarasca en el inmenso bosque de datos que supone la Red. Google, por ejemplo, recoge más de 3.700 entradas, que no son nada si las comparamos con las más de 16.000 de Blasco Ibáñez, por buscar un autor de sus propias características, y que vienen a ser bastantes menos si eliminamos repeticiones, redundancias y tópicos.



Colección MASAVEU

*Caballo cansino.* Evaristo Valle.

De esta gran cantidad de menciones, una vez eliminadas las muchas que nos llevan a calles y plazas con el nombre de Palacio Valdés; una vez retirados también los nombres de colegios y las miles de alusiones al teatro avilesino de su nombre, queda muy poca cosa: cientos de referencias a su amistad con *Clarín*, cuya presencia en la Red sí que es realmente notable, diversas apariciones en bibliografías y fichas bibliográficas de varias bibliotecas, su presencia constante en todas las enciclopedias y diccionarios al uso y poco más. Todas estas menciones que se referencian dan medida de la popularidad que en su día sí que tuvo nuestro autor y que hoy, y desde hace años, está en franco declive.

Este poco más al que aludimos se resuelve en una ficha de autor "secundario" en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (*http://cervantesvirtual.com*), escasos artículos en revistas especializadas y muchas evocaciones tópicas al hilo de la literatura del siglo XIX. Extraña en todo este conjunto que no haya una sola página dedicada íntegramente a nuestro novelista, como las cientos y miles que pululan por Internet sobre los más diversos, dispersos y muchas veces insignificantes autores.

Si descendemos a su novela de referencia, *La aldea perdida*, el panorama es muy similar. Por establecer como al principio un punto de referencia, y en una comparación más sangrante, en Google encontramos 726 respuestas a la búsqueda de "aldea perdida", que como veremos no son ni mucho menos todas alusivas a nuestra novela, frente a casi 5.000 referentes a "La Regenta", todas ellas, sí, alusivas a la obra de *Clarín*.

Efectivamente, a poco que hurguemos en las referencias a "aldea perdida" nos encontraremos con un importantísimo número de las mismas que utilizan la expresión como un tópico, un lugar común que se ha enseñoreado de nuestra expresión que se utiliza en evocaciones idílicas, de raigambre virgiliana, y que lo mismo sirve para un roto que para un descosido. Así, se nos habla de "bajar a la *aldea perdida* de Bulnes" a través de una ruta de montaña o se nos dice que "Dios mismo desciende a la tierra y se encarna en un niño humilde, en una *aldea perdida* de Judá" o bien se utiliza para evocar un lugar remoto e ignoto, como en este comienzo de la fábula "El pastor y el lobo", de Esopo, que traduce: "En una aldea perdida en las montañas, vivía un joven y fornido pastor...". Puede caber el consuelo, para quienes echamos en falta la presencia de la obra de Palacio Valdés, de pensar que esta novela está en el germen del tópico, como a todas luces parece evidente y como demuestra el hecho de que en un foro se hable de *La aldea perdida* como película de Florián Rey, de 1930, cuando pretenden referirse a la conocida película "La aldea maldita".

*Argañosu.* Fernando Fernández, 1997.

Aparte de todo esto, *La aldea perdida*, como tal, aparece en contadísimas ocasiones, fuera de menciones tópicas, como cuando lo hace en una cronología asturiana, en que se da la fecha de su primera edición, o como cuando se menciona su posible influjo en las eternas obras de reparación de la casa natal del novelista que aparece en distintas informaciones de prensa o como cuando se cita en algunos recientes comentarios de prensa referidos al centenario de la novela que se cumple este año y que hasta el momento está pasando totalmente desapercibido, con excepciones significativas como la presente, este número de la revista *Cubera* que viene a sofocar parte del sonrojo que los amantes de Palacio Valdés y su novela sentimos ante el olvido institucional.

Además de su aparición en fichas bibliográficas de bibliotecas y librerías, *La aldea perdida* es objeto de dos particulares homenajes. Un hotel rural, en Prieres, Caso, que adopta el nombre de *Hotel Rural "La aldea perdida"* y dedica a la novela algunas frases a modo de justificación del nombre elegido, y un trabajo de clase de una alumna de Primero de Bachillerato del I.E.S. "Alto Nalón", de Barredos, Laviana. Es el típico "comentario de textos" que apenas ocupa un folio en el que la alumna hace el resumen de la novela, elabora un breve esquema, recoge la frase que más significativa le parece y cierra con una "valoración personal razonada" que es todo un resumen de lo que para muchos lectores de la zona puede suponer la obra: "Este libro me gustó ya que está muy relacionado con el contexto geográfico donde vivo. Me parecieron muy pesadas las minuciosas descripciones y el final tan trágico no me gustó. Pero la demás historia en sí me encantó; sobre todo oír los nombres de esos pueblos tan cercanos a mi".

Claro que no todo es desolación en torno a la novela en la Red. Todas las librerías virtuales incluyen en sus catálogos la edición de Austral a cargo de Álvaro Ruiz de la Peña, claro que para ello hay que ir directamente a las páginas de dichas librerías, entre las que no puedo menos de recomendar la página que más y mejores referencias acumula, una página que, orientada además desde Asturias, agrupa a las más significativas librerías de viejo de España. En Iberlibro (*www.iberlibro.com*) puede hallar el lector casi 1.000 libros de distintas ediciones de obras de Palacio Valdés, a precios muy razonables en la mayoría de los casos, y entre los cuales, mientras redacto estas líneas en los primeros días de marzo, se encuentran 29 ejemplares de *La aldea perdida*, en distintas librerías y en diversas ediciones, entre las que destaca una segunda edición de la novela, ilustrada con dibujos de Manuel Piccolo, que la Librería Cartolibri, de Palma de Mallorca, aunque da la fecha de edición, 1909, anuncia como primera edición, quizás por desconocimiento, quizás para incrementar el precio de un ejemplar dañado.

F. T.

# Las clases populares en *La aldea perdida*

etnografía

Cada nueva lectura de *La aldea perdida* (Madrid, 1903) nos permite focalizar un fresco social variopinto en el que las clases superiores no determinan ni interfieren en la acción de las inferiores. Un panorama que es reflejo de los cambios, desplazamientos, rupturas y reajustes que se producen en el organigrama estamental. La diferenciación social ya se advierte, en primera instancia, en la vestimenta de los personajes y en sus hábitos alimenticios. La indumentaria puede justificar el talante de un personaje y explicar la reacción que provoca entre sus semejantes; el narrador nos indica, así, que el anticuado y estrafalario hidalgo don César de las Matas de Arbín "vestía frac azul con botón dorado, chaleco floreado, pañuelo de seda negro enrollado al cuello, pantalón ceñido con trabiellas y el sombrero de copa alta" (capítulo IV).

Palacio Valdés no escoge a un único paradigma de propietario, pues es capaz, dentro de los de su clase, de distinguir entre el noble venido a menos, y por cuyo infortunio él se lamenta, y aquel otro de floreciente y saneada riqueza, o aquél que no perteneciendo al grupo dominante ha conseguido incrementar su patrimonio sin abandonar su clase de procedencia y que reproduce en su núcleo familiar los esquemas patriarcales, con lo que, a juicio del autor, no se "pervierte" el orden social.

Una plástica imagen de la jerarquización social presente en *La aldea perdida* la tenemos en el capítulo XIII, cuando Demetria –convertida repentinamente de aldeana en dama noble– se despide de sus convecinas y amigas: ella desde el balcón de su casa, ellas a ras de suelo. En parejo sentido habría que enfocar los titubeos de Nolo ("*su amor era grande, pero receloso*", leemos en el capítulo XXI) con respecto a los sentimientos de Demetria hacia él una vez que su condición social se ha modificado: "No, aquella señorita tan rica, tan hermosa, tan elegante, quizá no recordaría ya al pobre aldeano de la Braña, quizá se avergonzaría si le recordasen que había correspondido a su amor" (capítulo XIX). Y en similar tesitura estarían las dudas de la comunidad labriega al ser la joven campesina secuestrada por el minero Plutón.

Tal como se nos ofrece en *La aldea perdida*, la masa rural se organiza en núcleos independientes, es decir, no traba contacto con las comunidades limítrofes y los aldeanos viven inmovilizados en su territorio, sintiéndose incluso cómodos en su incomunicación, que es una forma de no acusar recibo de los cambios que en el resto de la sociedad están acaeciendo. Y de ello no se salvan las elites dirigentes; el personaje del capitán don Félix, por ejemplo, es un individualista que no suele intervenir en el devenir social de la colectividad, aunque ésta, por contra, dado el carácter protector del hidalgo, haga suyas las angustias y problemas que atañen al "capitán", denominación popular de implícita consideración para quien no había pasado en el Ejército de teniente coronel.

De esta reclusión aceptada como positiva por parte de los aldeanos procedería el recelo de los lugareños ante lo foráneo, y que les impele a buscar el amparo de la divinidad, ya que no son infrecuentes en la novela las apelaciones y promesas al Cristo de la Misericordia, al Santo Cristo de Tanes y Candás, o a la Virgen del Carmen (venerada en San Juan de Entralgo, lar natal del escritor), el alcance de cuya influencia nunca se pone en tela de juicio, lo que impulsa a Nolo ha declarar que "es nuestra Madre y ella nos juntará otra vez" (capítulo XIII). La recurrencia al santoral lleva al narrador, a tenor del gusto de los aldeanos por las luchas con palo, a inventarse otra deidad, al proferir uno de los luchadores: "Podemos encomendar nuestras espaldas al Santo Cristo del Garrote" (capítulo I).

Estas mismas clases populares bajas, sin embargo, se manifiestan dentro de su marco geográfico como grupo, no como individualidades aisladas: los campesinos se muestran desprendidos con sus convecinos y se enfrentan a la vida conjuntamente, de modo solidario y cooperante. No faltan, con todo, elementos distorsionadores de esa aparente concordia interna:

*Boda vaqueira.* Evaristo Valle, 1921.

Colección MASAVEU

*Guiñol en la aldea.*
Luis Menéndez Pidal,
1913.



las "sabias del lugar" son mujeres corroídas por la envidia y presas de una malignidad que les incita a sembrar la cizaña de los temores y recelos insanos.

Palacio Valdés sintetiza en las páginas de su obra todo un mini-tratado de las costumbres y fiestas regionales y locales que la remembranza le facilita, presentándonos los ritos profanos y sagrados de la época, tanto en sus manifestaciones públicas como privadas. Únicamente en este particular podemos catalogar a *La aldea perdida* como pieza costumbrista, aun cuando dichos elementos ocupen un plano accesorio. Los saraos y grandes fiestas aristocráticas retratadas por Palacio Valdés con sorna en otras obras anteriores tienen en *La aldea perdida* su igual en las reuniones de aldeanos y clases dirigentes (las fronteras clasistas quedan aquí suprimidas) en romerías, llagares y espacios públicos. Pero ahora no se cuestiona el hipotético atraso en el que está instalada la sociedad agraria.

Para el campesinado de *La aldea perdida*, la felicidad comienza y termina en labrar la tierra, cumplir ordenadamente con las numerosas ocupaciones domésticas y asistir a la misa dominical o entablar relaciones en las esfoyazas y romerías, en las que la premisa de la territorialidad posee una fuerte implantación; el cortejo no admite licencias y, así, un aldeano de Lorio le dice a Jacinto, en mitad de un apaleamiento, que "no vuelva a cortejar fuera de su quintana" (capítulo X). Los jóvenes aldeanos evidencian una impaciencia nada menor, llegados a una cierta edad, por acceder al matrimonio, para lo cual, si están en disposición de hacerlo, suelen elegir cuidadosamente los mejores partidos. Una clara muestra de ello son las tribulaciones de Quino, en el capítulo XIV, colocando en la balanza de las perspectivas económicas, de su futurible prosperidad material, la disyuntiva entre las mozas Telva y Eladia, y negociando con sus padres los pormenores del "contrato".

A pesar de todo ello, la situación de las clases bajas en el campo no era tan idílica como el autor quiere hacernos creer, porque muy pocos de estos campesinos eran realmente dueños de las parcelas que tenían a su cuidado para explotarlas, pues su control pertenecía a la burguesía rural, estrato social en el que militan Palacio Valdés y sus antepasados. Pero el escritor asturiano pasa de puntillas, y sin hacer prácticamente mención, sobre los aspectos derivados de, por ejemplo, cómo se hacía el arrendamiento de los campos de cultivo y qué beneficios netos y de qué manera los percibían los arrendatarios que se ocupan de ellos. Palacio Valdés, por considerarlas quizás excesivamente prosaicas (la obra se subtitula "novela-poema"), no se detiene en cuestiones tan poco "épicas", porque ello le haría un flaco favor a su convicción de que, si se quebrantan las arcaicas estructuras de la sociedad patriarcal, se rompe el equilibrio de fuerzas que la tradición ha impuesto para su supervivencia. El novelista no puede, en sus fueros internos, ignorar la situación de hambruna y penuria que sufría el campo asturiano, y máxime cuando dicha problemática había sido ya puesta de relieve por Jovellanos y otros ilustrados dieciochescos; y cuando en 1854 el VI Marqués de Camposagrado, José María Bernaldo de Quirós y Llanes Campomanes, había publicado en el periódico *El Industrial* su polémico pero esclarecedor *Manifiesto del hambre*, donde ponía al descubierto la desoladora situación del campesinado asturiano y lavianés, quien a causa de su extrema indi-

*"Palacio Valdés critica el desplazamiento social que conllevaría un mayor poder adquisitivo en trabajadores que subsistían casi en la miseria"*



gencia se muere de necesidad. Pero aceptar esto Palacio Valdés y darle forma literaria supondría la desautorización de la validez de su tesis. Aunque se siente atado a sus raíces hacendadas, Palacio Valdés actúa en unas coordenadas idealistas que le obligan a rehuir tales realidades incuestionables. Con todo, en la obra nos encontramos con el discurso de uno de los personajes terciarios, el ingeniero madrileño, aludiendo en su parlamento-diatriba a la mala alimentación de los labradores (capítulo V).

Lo que, a nuestro entender, Palacio Valdés critica en el fondo en *La aldea perdida* no son tanto los estragos ecológicos que las minas puedan acarrear a la orografía lavianesa como el desplazamiento social que conllevaría un mayor poder adquisitivo en unos trabajadores que hasta ahora subsistían casi en la miseria, y para los cuales aspirar a mejoras constituía algo inalcanzable. Ello explica que el escritor señale el mal ejemplo que los mineros significan para los labradores que se decantan por ganarse el jornal en las explotaciones carboníferas; semejante modelo de comportamiento hará que los mozos campesinos se tornen "en pocos meses díscolos, derrochadores y blasfemos" (capítulo XVI).

Pero como el talante, diríase que de inspiración liberal, de Palacio Valdés no le permite rechazar sin concesiones el derecho a llegar a más del campesinado, va a reconocer que tal mejoría puede y debe lograrse con sacrificios y privaciones, sin salirse del sistema tradicional y de un modo lento, a fin de no sucumbir a las tentaciones del dinero rápido que promete el progreso; a los que ceden a tales pretensiones los tilda el escritor de "hombres sedientos de riqueza" ("Invocación"), como si el acceso a la misma por nuevas vías fuera ilegítimo o no ligara con preceptos morales sin mácula. Y el autor pone como modelo a imitar de quienes se resisten a la codicia del enriquecimiento fácil el de la familia del tío Pacho: "Aquella vida de esfuerzos y privaciones tuvo al fin su recompensa" (capítulo I). Si echamos un vistazo a la posición socio-económica del hidalgo don Félix y a la de la familia mejor situada de las de extracción humilde (la del tío Pacho), dejaremos al descubierto el abismo que separa a ambas, así como el fracaso que significa, para prosperar, no separarse del protectorado patriarcal.

Colección MASAVEU

*Minero asturiano.* Mariano Moré.

Señalemos, como apostilla final, que las pésimas condiciones en todos los órdenes padecidas por el campesinado de la segunda mitad del siglo XIX le empuja a la emigración, como recurso extremo para mejorar su calidad de vida. El fenómeno de los indianos es tocado en *La aldea perdida* muy de pasada, cuando un personaje afirma que "en cuanto el tío Roque cerró el ojo, los rapaces vendieron al capitán los prados y las tierras y embarcaron en Gijón para La Habana" (capítulo VI). Las suspicacias que, al comienzo de su carrera literaria, asaltaban a Palacio Valdés van limándose con el transcurso de los años, hasta el punto de que en *Sinfonía pastoral* (Madrid, 1931) realiza una descripción bastante aproximada a lo que en realidad les sucedió a los aventureros transoceánicos: "El cincuenta por ciento moría al llegar del terrible *vómito negro*; los que quedaban vivos trabajaban toda su vida sin lograr otra cosa que comer; sólo algunos pocos favorecidos por la suerte conseguían, ya maduros, restituirse a sus pueblos con fortuna" (parte I, capítulo III).

**José Luis Campal Fernández**
del Real Instituto de Estudios Asturianos (RIDEA)

# El abuelo de Camanciu



Armando Palacio Valdés trazó un retrato magistral de su abuelo paterno. Éste, Francisco Palacio Alonso, era natural de Villaviciosa, en ella había comenzado sus estudios, y merece la pena que de él nos ocupemos porque el retrato que su nieto nos ha dejado trasciende al personaje para entregarnos algunos rasgos que no es tan difícil hallar entre nosotros. En todo caso, cuanto de él cuenta en la obra autobiográfica *La novela de un novelista* (Cuadro de Honor) es un documento de enorme interés.

## DE SAN JUSTO Y CAMANCIU

El día 23 de septiembre de 1784 el cura propio de San Justo, Nicolás de Llano, bautizó a un niño, hijo de Manuel Palacio y de Isabel Alonso, de Camanciu. Se le llamó Francisco, como su padrino, Francisco Acevedo Casado, que era de Castiellu de La Marina.

Francisco Palacio Alonso "...entró en este mundo, allá por el último tercio del siglo XVIII... y murió al cabo de un siglo", dijo el nieto. Falleció en Oviedo con 93 años. Casó en Oviedo con una Cárcaba y del matrimonio nacieron, al menos, tres hijas y Silverio, que fue abogado y, casado con Eduarda R. Valdés Alas, fue padre de tres hijos, el primero Armando nacido el 4 de octubre de 1853.

Armando nace en Entralgo (Laviana), crece en Avilés y en Oviedo residió durante los estudios de bachillerato, entre los doce y los diecisiete años, en casa de este su abuelo paterno:

"Mi abuelo paterno a cuya casa vine a parar, era un hombre burgués que vivió hasta los noventa y tres años cuidando de su salud física. De la moral no había cuidado: se la daba Dios por añadidura".

## RETRATO DEL ABUELO

"Cuando entró en este mundo, allá por el último tercio del siglo XVIII, no pensó como Schopenhauer que había caído en una cueva de bandidos, sino en un nido de ángeles. En esta creencia vivió y murió al cabo de un siglo.

Mas si creyó siempre en el bien, no imaginaba que éste se hallaba igualmente repartido en el mundo. Por un decreto especial de la Providencia, cuya justicia jamás puso en duda, a su patria, a su provincia, a sus parientes, a sus amigos y conocidos tocaba una

*Camanciu.* Juan Pedrayes, 2003.

*En el censo de 1578 figuran como vecinos de San Justo los hermanos Toribio, Juan y Gonzalo de Palacio, hijos de Juan de Palacio. También Ynés , viuda de Fernando de Palacio, con dos hijos*



parte mucho mayor que al resto del universo.

Que le viniesen a hablar de las bellezas de Suiza. Sonreía compasivamente y nos contaba cómo el conde de Toreno, el famoso historiador de la Guerra de la Independencia, le había dicho en confianza cierta tarde en el parque de San Francisco: "He viajado por Francia, por Inglaterra, por Alemania, por Suiza, por Italia: nada he visto comparable a Asturias".

Que se elogiase en su presencia la sabiduría o la elocuencia de un hombre eminente español o extranjero. La misma sonrisa por parte de mi abuelo. Sonreía porque estaba bien seguro de que nadie en este mundo alcanzaba la claridad de juicio, la fuerza de razonamiento, la insondable profundidad teológica de su íntimo amigo V*** el deán de la Catedral.

Y a este tenor, su amigo el doctor A***, era el abogado más notable del reino; el coronel P***, el más hábil estratégico; el farmacéutico L***, en cuya botica se reposaba de sus paseos higiénicos, un químico sin rival, y C***, el tendero de comestibles con quien alguna vez fumaba un cigarro por las tardes, poseía en su opinión un verdadero tesoro en productos alimenticios.

¡Ya se guardarían mis tías de enviar por cualquier medicamento a otra farmacia que no fuese la del licenciado L***! Si esto acaeciese, mi abuelo pensaría que se le había envenenado. En cuanto a los comestibles se creían con derecho a más independencia, y una que otra vez se autorizaban la libertad de traer algún producto de otra tienda. Pero como no hay estafa que al cabo no se descubra en este mundo, cualquier imprudencia de la cocinera descubría la de mis tías. ¡Qué consternación profunda se pintaba en el rostro de mi abuelo al

*Palacio de El Puntal.* Fernando Fernández, 1997.

averiguar que los garbanzos que estaba comiendo no eran de la tienda de su amigo C***, sino de la del falsificador de la esquina! Entonces se simulaba una comedia; se fingía restituir aquellos indignos garbanzos al lugar de su procedencia y acarrear otros del tesoro que guardaba el amigo C***. Mediante esta superchería, en la cual todos tomábamos parte, las olas encrespadas se sosegaban y la calma renacía en el espíritu atribulado de mi abuelo.

Después de esto no necesito declarar que sus indigestiones fueron siempre perfectas y que la más pura y tranquila felicidad se reflejaba constantemente en su persona higiénica".

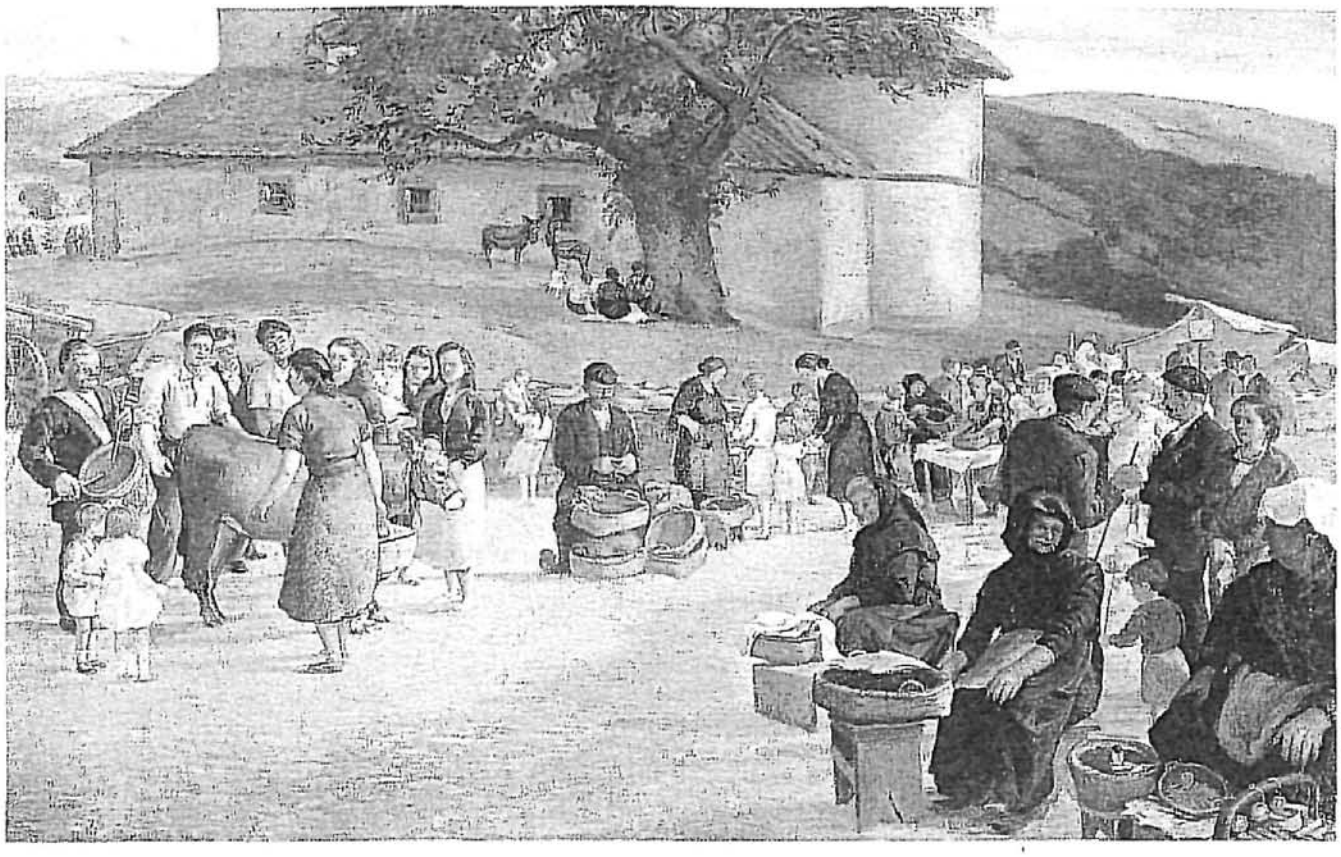
En la fachada de la casa existe hoy la memoria de ese tiempo; una placa lo recuerda, al lado de la plaza del Paraguas, calle del Ecce Homo: "Dos o tres meses después de mi llegada a Oviedo se trasladó mi abuelo con su familia al piso segundo de una casa recién construida sobre la antigua muralla de la ciudad...En esta casa vivió mi familia paterna por más de cuarenta años y allí murió casi toda ella".

En aquella casa, con el abuelo y tres tías vivió el futuro novelista tiempos felices:

"Si mimado había sido hasta entonces por mis padres en Avilés, más mimado fui aún en Oviedo por mi abuelo y mis buenas tías".

## ENVIDIA DE NIETO

El abuelo paterno, aquel Francisco Palacio Alonso de San Justo, no fue solamente un cariño, no fue sólo un personaje entrañablemente chovinista, apasionado por lo trivial con tal de que eso sea 'asturiano'. Aquel abuelo paterno quedó en el alma de Armando Palacio Valdés como un ideal de relax:



Colección MASAVEU

*Romería en Ceares.* Mariano Moré.

"Confieso con vergüenza, que toda mi vida he profesado hacia mi abuelo una envidia ruin. En los momentos críticos de la vida, cuando algún disgusto me oprime, cuando encuentro antipáticas a las personas que me rodean, y los enemigos me crispan, y los amigos me molestan, y los periódicos me aburren, entonces su figura radiosa y plácida se me aparece hablándome con entusiasmo de los paisajes de Asturias, de la sabiduría del deán y de los garbanzos de su amigo C***. ¡Oh cuánto le envidio en aquellos momentos! ¡Oh, con qué placer trocaría mi masa encefálica y mi espina dorsal por las suyas!"

De su padre Silverio Palacio –que era juez de paz– traza también las características de una personalidad tan diferente de la del abuelo:

"Mi padre poseía una gran fuerza de carácter. Era, como suele decirse, en lo físico, una caña que se dobla pero no rompe; en lo moral, un roble que se rompe pero no se dobla. Mi padre poseía un vigor físico extremado y un carácter blando y sentimental".

Nos entrega una detallada, compleja, descripción psicológica de su padre, "un pesimista teórico y un optimista práctico de cuyo contraste resultaban efectos verdaderamente cómicos".

Con una extraordinaria mezcla de ironía, delicadeza y penetración psicológica el novelista va dando cuenta de las dispares personalidades de dos seres en los que reconoce rasgos suyos personalísimos:

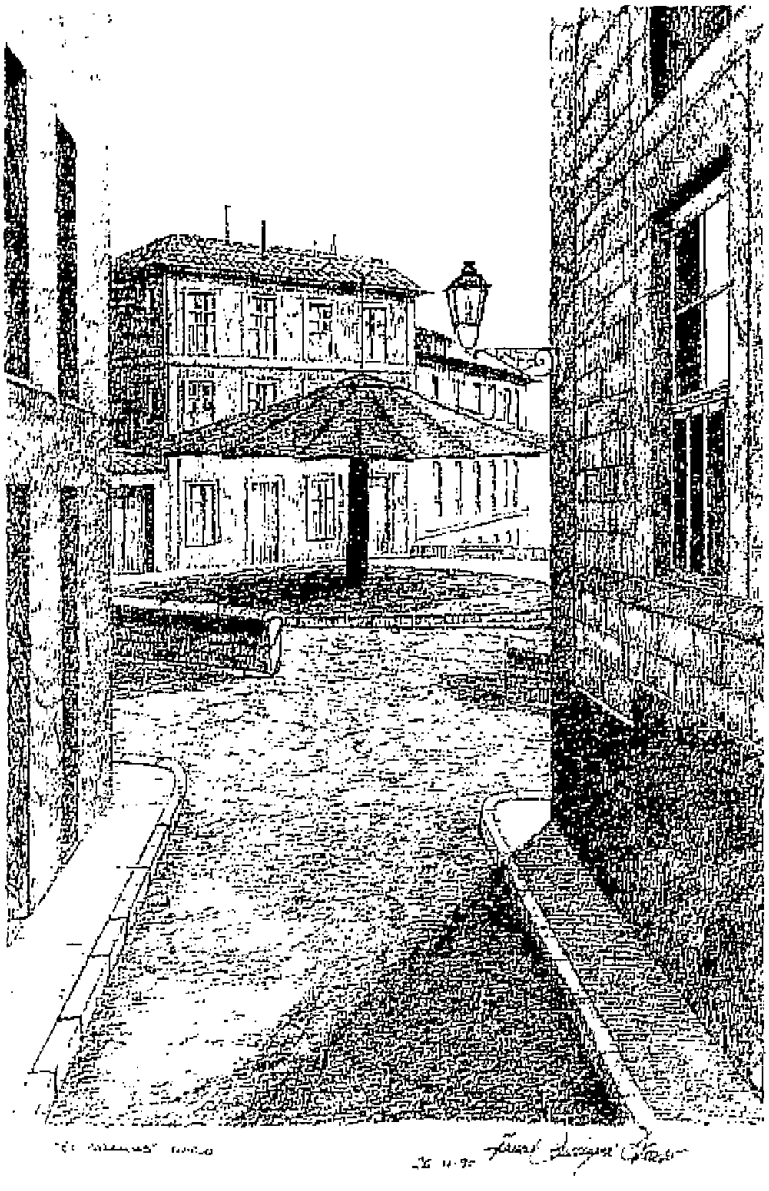
"Y sin embargo, estoy seguro de poseer alguno de los glóbulos color de rosa de la sangre de mi abuelo en la mía. Verdad es que estos glóbulos se hallan mezclados con los grises de mi padre y con los verdes, amarillos y azules de todos mis antepasados...Los glóbulos de mi padre me cantan lo que hay de triste y repugnante en nuestra vida, pero los de mi abuelo me sugieren poco después dulcemente que todos los males tienen su compensación, que al lado de cada desventaja hay siempre una ventaja y que existe una normal para la felicidad de los hombres como existe para su calor animal: la diferencia es sólo en algunas décimas" (LNN, Capítulo xvi: MI PADRE).

## AQUEL FAMOSO DÓMINE

En la obra póstuma *Álbum de un viejo* (1940) vuelve don Armando sobre los recuerdos de su abuelo, esta vez para referir uno de la infancia que había pasado en Villaviciosa a finales del siglo xviii. Y es un dato que posee verdadero interés porque nos da noticia del famoso don Bruno Fernández Cepeda, dómine de la preceptoría de la calle Magdalena. Habíamos puesto en duda –o tal vez entre paréntesis– la atribución que se le hacía de cierta desmesura en los castigos escolares. He aquí lo que Francisco Palacio Alonso contaba al nieto:

"Mi abuelo, que nació en los últimos años del siglo XVIII, me refería que en su pueblo natal, Villaviciosa de Asturias, había en su tiempo un clérigo llamado Bruno, dómine de latín, tan despiadado y cruel que diariamente ensangrentaba las disciplinas en las carnes de los pobres niños que asistían a su escuela. "Una falta en la conjugación o declinación –me decía mi abuelo– te costaba trece azotes; nunca daba menos". A mi se me erizaba el cabello oyéndole. Y no sólo los maestros, sino también los padres, usaban las disciplinas".

*El señor de las Matas de Arbín (a la derecha) y su primo don Félix. Ilustración de la segunda edición de* La aldea perdida. *1909.*



*Palacio Valdés vivió con su abuelo y sus tías en la actual Plaza del Paraguas, en Oviedo.*

El dato es concluyente. Confirma la atribución que hace Fermín Canella de dureza y rigor en los castigos de los estudiantes que concurrían a la antigua capilla de la Magdalena, en el *Mercáu vieyu* (Fermín Canella Secades. *Poesías selectas*. Oviedo 1887, p 145). Confirma la mención de Jove Hevia en 1872 del látigo del austero dómine (Pácido de Jove Hevia. *Una villa española hace cuarenta años*. Ed CUBERA, cuad. 11. p. 45). Don Bruno, sin embargo, era en el trato social afabilísimo, de costumbres muy morigeradas y hasta de alegre humor según se desprende de sus poesías (F. Canella. Ibid.) y de la correspondencia inédita con su buen amigo F. de Paula Caveda Solares.

## SEÑOR DE LAS MATAS DE ARBÍN

Se ha aventurado que don César de las Matas de Arbín representaba al propio novelista ("el mismo D. Armando, a lo menos en gran parte". Emilio Martínez. *La Laviana de Palacio Valdés*. BIDEA n. xviii, Oviedo 1953, p. 295), sin razón de ser, a mi juicio. Don Armando en *La Aldea perdida* aparece varias veces y siempre como un testigo infantil de los hechos que narra, justamente en un intento de recuperar aquella edad dorada y feliz, sin argumentos. Don César de las Matas de Arbín podría personificar al abuelo Francisco Palacio, al menos en parte. Sus posiciones y su psicología son coincidentes.

A su primo el capitán don Félix, que reafirma el modo de producción y la tradición preindustrial, don César responderá subrayando a *sensu contrario* los argumentos con ironía.

"¿Qué antiguallas estás ensartando ahí, querido primo? ¡Que somos felices con nuestras castañas y nuestro ganado! No sueltes, por Dios, tales *ideas delante de estos* señores de la Pola... ¿Qué valen nuestros tupidos castañares, ni tus rebaños lucidos, ni este aire puro de la montaña, ni esa luz radiosa que el cielo nos envía, delante de esas altas chimeneas que tiñen de negro sin cesar la tierra y el firmamento?..."

Es el señor de las Matas de Arbín, el hombre más docto que había jamás producido el valle de Laviana, varón profundo, setenta años de edad en el tiempo de la acción (1860):

Y ya sin ironía, frente a los productos del campo, sitúa los de la industria y predice el acabamiento de un mundo y de un modo de verlo y valorarlo:

"Los productos refinados de la industria, las modas y los deleites corromperán nuestras costumbres, debilitarán luego nuestros cuerpos y no quedarán al cabo más que hombres afeminados y corrompidos, miserables sofistas, despreciables parásitos que escucharán temblando el chasquido del látigo romano".

Un elemento de su paraíso era la miel de sus colmenas, cerca de la casa de don César:

"Éste sostenía que era *más dulce y más fragante* que la del Himeto, cosa que nadie se cuidaba de poner en duda en Laviana".

*Parécenos estar oyendo al* abuelo paterno, Francisco Palacio Alonso, a quien don Armando retrata en *La novela de un novelista*, en su optimismo regional, asturiano; un hombre de setenta años, los que tendría aproximadamente en el *tempo* de la acción.

**Etelvino González**